TRAGEDIA.

MITHRIDATES.

EN CINCO ACTOS.

ACTORES.

Mithridates, Rey.
Pharnace, ſu hijo mayor.
Jifarés, hijo menor.
Monima, Reyna.
Phedima, ſu confidenta.
Arbates.
Arcas.
Guardias.
Acompañamiento de Soldados.

ACTO I.

SCENA I.

Jifarés y Arbates.

Jif. Cierto ha ſido el rumor, querido Arbates;
Roma al fin vence, y Mithridates ha muerto:
no lejos del Euphrates los romanos
rapidos, à mi padre ſorprehendieron,
y engañando las ſombras de la noche
à ſu inclito valor; deſpues de recio
y ſangriento combate, al fin ſu campo
deſordenado, timido y diſperſo
le dejó entre los muertos confundido:
ahora ſupe que en manos de Pompeyo
puſo un ſoldado ſu real corona
y ſu eſpada, terror del univerſo.
Aſi eſte grande Rey, q̃ quarenta años
canſó à los Generales mas expertos,
que pudo à ſu valor oponer Roma,
y que tubo en Oriente tanto tiempo,
ſuſpenſa la valanza de ſus Reyes,
el honor y la cauſa ſoſteniendo;
ahora muere infeliz, y ſolo deja
para vengar tan tragico ſuceſo
dos hijos entre ſi no muy unidos.
Arb. ¿Pues q̃ Señor, del trono los deſeos,
os hacen ya, enemigo de Pharnace?
Jif. No, Arbates mio: à tan coſtoſo precio
no pretendo comprar las triſtes ruinas
de eſte imperio infeliz: en él reſpeto
de la edad la ventaja; yo no ignoro
que es mi hermano maior, y ſatisfecho
con mi parte de herencia, ſin envidia
veré q̃ goza en paz, de quantos reynos
le diere la amiſtad de los romanos.
Arb. Señor! de los romanos? ſerá cierto
que un hijo del heroico Mithridates...
Jif. No lo dudes, amigo: ha mucho tiempo
que ya es Roma el alma de Pharnace,
y ahora que vé los proſperos ſuceſos
de Roma vencedora; no hay fortuna
que conſeguir no eſpere por ſu medio.
Yo al contrario: mas fiel ahora q̃ nunca
del honor de mi padre, un odio eterno
à los romanos guardo, mas ni mi odio
ni ſu amiſtad ſon ahora los objetos
que cauſan nueſtras crueles diſenſiones.

Arb. ¿Pues qual otro interés puede encenderos
Señor, tanto contra el?
Jif. Voy à asombrarte.
Esta Monima que tan fuerte incendio
à mi padre inspiró de quien amante
se declaró Pharnace, en el momento
en que su muerte supo...
Arb. Y bien.
Jif. Yo la amo.
Si, Arbates mio, yo tambien la quiero;
y ahora lo he de decir, pues que mi hermano
es ya unico rival de mis afectos:
tu no esperabas oir este discurso;
pero no es un amor de poco tiempo;
esta llama voráz: su fuego activo
aumentó sepultada en el silencio:
¡que no pueda explicarte los ardores
que inflamaron entonces à mi pecho
mis primeros suspiros, y las ansias
que he sufrido despues! pero el funesto
estado, à que nos vemos reducidos
no permite que ocupe el pensamiento
en una amante, y desgraciada historia:
te baste ahora saber para que reo
à tu ojos no sea el amor mio,
q̃ yo à la Reyna ví y amé el primero,
que mi padre ignoraba hasta su nombre
quando mi corazon ya iba sintiendo
de un legitimo amor la pura llama,
él la miró, despues la quiso tierno.
Pero en vez de ofrecer à su hermosura
con votos dignos de ella un Himeneo,
creyó que satisfecha con el solo
honor de merecerle los afectos,
una indigna victoria se le diese:
tu sabes como empleó todos los medios
de tentar su virtud, y que cansado
de emplear inutilmente tanto esfuerzo,
ausente, pero lleno de su llama,
la diadema que es seña del Imperio
hizo por fin llevarla por tu mano:
amigo, considera lo violento
que mi dolor seria quando supe
el amor de mi padre, y sus intentos!
y quando supe en fin que destinada
Monima para el real paterno lecho
se acercaba contigo ya á Ninphea!
en este mismo detestable tiempo
mi madre oyó de Roma las ofertas,
y ofrece por vengar un Himeneo
que era injuria del suyo; ò pues que quiso
procurarme el amparo de Pompeyo,
hizo à mi Madre la traicion mas negra;
y à los romanos enemigos nuestros
entregó infiel la plaza, y los tesoros
q̃ aquel entre sus manos habia puesto.
Como me quedé yo, querido amigo,
quando supe delito tan horrendo!
desde aquel mismo instante en Mithridates,
no vi un competidor, ni hize recuerdo
de mi amor infelize por el suyo;
mi valor y mis ansias solo oyeron
à un ofendido padre; despechado
ataqué à los romanos con esfuerzo.
Y mi madre me vió quando tomaba
la misma plaza que vendió á vil precio
exponerme à los golpes mas mortales
de los contrarios, y querer muriendo
desaprobar su barbaro delito.
Libre el Euxino fue desde aquel tiempo,
y toda via lo es; desde la orilla
que sirve al punto de confin estrecho
hasta el agua q̃ al Bosphoro circunda
todo quedó pacifico, y sujeto
de mi padre al dominio: sus navios
prosperos, y tranquilos no tubieron
mas enemigos que inquietud les diesen
que las aguas, las olas y los vientos.
Aun mas hacer queria: mi designio
era volar yo mismo à socorrerlo,
y rapido abanzarme ácia el Euphrates;
mas detuvo mis pasos el funesto
subito aviso de su triste muerte.
En medio de mis llantos y tormentos,
(no te lo niego amigo) esta Monima
que te confió mi padre, fué el objeto
que adornado de todos sus encantos
se me vino primero al pensamiento.
Yo temí por su vida, de mi padre
recelé los amores siempre fieros,

tu

tu ſabes quantas veces inhumanas
las barbaras ternezas de ſu pecho
mandaron dar la muerte à ſus queridas.
Yo volé ácia Ninphea, y lo primero
que ví al pie de ſus muros fué à Pharnace:
mi triſte corazon concibió luego
un funeſto preſagio. Tu igualmente
nos recibiſte, y ſabes todo el reſto.
Pharnace en ſus deſeos ſiempre ardiente
me ocultó ſu oſadia, y ſus deſeos
de mi padre la tragica deſgracia
à la Reyna contó, le dió por muerto,
y à ocupar ſu lugar ſe ofreció al punto.
No hay duda que mi hermano querrá hacerlo
del modo que lo dice; pero, amigo,
yo tambien ahora declararme quiero.
Quanto mi amor ſumiſo y reverente
de un padre reſpetó el poder ſupremo,
tanto eſte miſmo amor ahora irritado
le ſabrá reſiſtir al rival nuevo.
O la miſma Monima declarada
contra mi amor, condenará los fuegos
que ahora miſmo pretendo deſcubrirle;
ó nadie pienſe conſeguir ſu afecto,
ſi el camino no ſe abre con mi muerte.
Vé aquí, querido Arbate, los ſecretos
que decirte queria: ahora tu debes
tomar aquel partido que à tu pecho
le parezca mejor: pienſa, reſuelve
à quien hallas mas digno de tu zelo,
à el eſclavo ſer vil de los romanos,
ò à el hijo de tu Rey. Quizás él fiero
con aquella amiſtad pienſa que puede
en Ninphea mandar. ¿Y tendrá aliento
de hablarme como Rey? Pero ſe engaña,
q̃ en Ninphea no tiene algun Imperio:
el Ponto fue ſu herencia, Colcos mia,
y nadie ignora que de todo tiempo
el Bosphoro en q̃ ahora nos hallamos
al Imperio de Colcos fué ſujeto.

Arb. Señor, mandadme; mi eleccion eſtá hecha:
y ſi en Ninphea alguna coſa puedo,
creed que haré mi deber exactamente
con la miſma lealtad, el miſmo zelo,
con que ſirviendo à vueſtro padre ſupe
defender eſta plaza à un miſmo tiempo
de vos y vueſtro hermano: ſabré ahora
ya que mi Rey y mi Señor ha muerto
defenderla por vos de todo el mundo:
no ſé yo que ſin vos de mis alientos
habia llegado el fin, y que Pharnace
derramando mi ſangre habria cubierto
con ella eſtas murallas, que poco antes
habia defendido contra el meſmo.
Señor, aſeguraos, ſolamente
del guſto de la Reyna y ſus afectos,
hacéd que ella os elija, y eſto baſta.
Que yo é de poder poco en eſte pueſto,
ò Pharnace dejando en vueſtras manos
el Bosphoro, à gozar ira à otro ſuelo
lo que le diere la amiſtad romana.

Jif. Arbates mio, quanto te agradezco..
mas gente viene: ay Cielos! que es la Reyna.
Vete, amigo de aqui: vete corriendo.

SCENA II.

Monima y Jifarés.

Mon- A vos, Señor, recurro en eſte dia;
porque en fin ſi en vos no hallo algun remedio,
¿de quien me he de valer? yo me hallo ſola,
ſin padres, ſin amigos y ſin deudos,
y de todo ſocorro abandonada.
Reina en el nombre, eſclava en el efecto,
y víuda ſin haber tenido eſpoſo.
Aun eſtas, ſon Señor, en mis tormentos
las mas dulces de todas mis deſgracias.
Ved ſi ſoy infelice! ya comienzo
à temblar, porque es fuerza deſcubriros
à mi perſeguidor. Mas con todo eſo
eſpero que vueſtra alma generoſa
no ha de ſacrificar el llanto tierno
de una infeliz q̃ vueſtro amparo buſca
fiada en la piedad de vueſtro pecho,
al interés, ni al vinculo de ſangre,
que os enlaza con el: eſtos conceptos
os dicen que me quejo de Pharnace..
El es, Señor, él es, el que violento
unirme ſolicita à ſu deſtino
con un odioſo y barbaro Himeneo,

para mi mas horrible que la muerte.
¡Baxo de que destino tan adverso
he venido yo al mundo! condenada
sin amor desde luego à un casamiento,
no bien me veo libre, y quando apenas
empieza à respirar mi triste aliento,
quiere mi fiera y enemiga suerte
entregarme à otra mano que detesto.
Yo sé, Señor, que humilde en mis desgracias,
mi corazon debiera hacer recuerdo
de que oy estoy hablando de un hermano;
pero ò sea razon, ò sea genio,
ò que se extienda mi odio à los romanos,
jamás el Himeneo mas funesto
formado con los mas negros auspicios
podrá igualar al barbaro tormento
de ese que me amenaza: y si Moníma
lograr no puede con sus tristes ruegos
vuestro pecho ablandar, si al fin no encuentra
mas auxilio que solo su despecho,
vos la vereis, Señor, al pie sagrado
del santo Altar, à vista de los Cielos:
guiada del furor sabré yo misma
romperme un corazon q̃ aquel violento
quiere tiranizar, y de que nunca
disponer he podido ni un momento.

Jif. Señora, sosegaos, y estad cierta
de mi fé y obediencia. De este Imperio
vos sereis siempre el dueño soberano,
y si quiere Pharnace inspirar miedo,
à otra parte puede ir. Mas vos, Señora,
no sabeis todavia por entero
vuestras desgracias.

Mon. Que, Señor, ¿hay otra
que se reserve à mi infelice pecho?

Jif. Si es delito, Señora, el adoraros,
no es mi hermano Pharnace el solo reo,
y mas culpado q̃ él soy yo mil veces.

Mon. Vos, Señor?

Jif. Si Señora. Este afan nuevo
podeis contar entre los mas horribles.
Invocad las potencias de los Cielos
contra una sangre odiosa è infelice
nacida solo para daño vuestro.
El padre y sus dos hijos os persiguen;
pero por mas pesares, mas tormentos
que tengais, en oir este infelice
amor fatal que de deciros vengo,
jamás vuestras desgracias las mas fieras
se podrán igualar á los violentos
martirios que he sufrido por callarlo.
No os figureis por esto que yo quiero
libraros del insulto de Pharnace
para imitarle el insolente exemplo
y en su lugar ponerme. No, Señora;
vos libre quereis ser, y yo pretendo
que seais arbitra siempre de vos misma.
Ya os dixe otra vez, y à decir vuelvo
que ni del, ni de mi pendereis nunca;
pero en fin quando os haya satisfecho
y que libre os mireis, ¿à que regiones
pretendeis dirigir los pasos vuestros?
¿será junto al pais que me obedece?
ò à clima mas distante y estrangero?
¿permitiréis que logre acompañaros?
¿habeis de ver con ojos tan severos
al que inocente està como al culpado?
por huir de mi rival, ¿iréis huyendo
de mi vista tambien? y de mi ciega
y rendida obediencia será el premio
la cruel necesidad de resolverme
al barbaro tormento de no veros?

Mon. Ay, Señor! que decis?

Jif. Bella Moníma:
Si el tiempo dá en amor algun derecho,
yo os vi, y os adoré, quando ninguno
veros habia logrado, y el intento
formé de unirme à vos con dulce lazo
quando vuestros encantos aun mui tiernos,
y de mi padre entonces ignorados,
reclusos siempre en el ogar paterno,
à vuestra madre solo se mostraban
si forzados despues, por un funesto
pero estrecho deber; mi amor se ha visto
obligado à ocultar su ardiente fuego:
¿no os acordais tambien quan pesaroso
me quexé de un deber tan duro y fiero?
¿no haceis memoria ya, q̃ quando iba
à hacer ausencia de los ojos vuestros,
un profundo dolor, un triste llanto
el

el interprete fue de mis lamentos?
pero ay trifte de mi! pues me apercibo
que yo foy folamente el q̃ me acuerdo!
¡que infelice que ha fido el amor mio!
confefadlo, Señora, yo os renuevo:
un fueño ya borrado de vueftra alma,
en el tiempo que yo de vos muy lejos
fin efperanza alguna de mi vuelta
fomentaba en mi pecho el mas violento
aunque infelice amor; ¿vos ya contenta
y refuelta del padre al Himeneo
no os afligia el padecer del hijo?
Mon. Ay mifera de mi! q̃ cruel tormento!
Jif. ¿Habeis compadecido un folo inftante
mi afan y mi dolor?
Mon. Divino Cielo!
Principe...no abufeis de mis defgracias...
Jif. Yo abufar! juftos Diofes, quando vuelvo
à defenderos fin pediros nada,
fin nada pretender, y que refuelto
à ferviros en todo refignado
os he dado palabra de poneros
en libertad, de no volver á verme?
Mon. Es quizá prometerme mas de aquello
que hacer podreis defpues.
Jif. Pues que, Moníma,
¿à pefar de mis muchos juramentos
vos dudais de mi fé? ¿creeis q̃ abufando
del poder con q̃ me hallo en efte reíno
à vueftra libertad limites ponga?
pero gente fe acerca ácia efte puefto.
Explicaos, Señora. Refpondedme
fiquiera una palabra à mi defvelo.
Mon. Libertadme, Señor, del cruel Pharnace:
y para que confienta fiempre en veros,
nunca tendreis que ufar de tiranias.
Jif. Ay Moníma.
Mon. Pharnace ya eftá dentro.

SCENA III.

Monima, Jifarès y Pharnace.

Pharn. Hafta quando, Señora, de mi padre
la venida efperais? cada momento
llegan nuevos teftigos de fu muerte
que condenan vueftro animo irefuelto.
Venid, huid de efte clima tan falvage
que no os prefenta con feroz afpecto
fino de efclavitud triftes feñales.
Un pueblo fometido en otro Cielo
mas dulce, mas feliz, de vos mas digno,
os efpera con anfia y con refpeto.
El Ponto por fu Reyna os reconoce,
y vueftras fienes defde largo tiempo
llevan ya la feñal de foberana.
Efa banda real, adorno bello
de vueftra hermofa frente es una prenda
que debe afeguraros efte Imperio;
y fiendo yo ahora dueño de efte eftado
que me dexa mi padre, foy quien debo
fus promefas cumplir; pero es precifo
que fin mas dilacion el Himeneo,
y la partida à un tiempo fe executen:
nueftro interés, y mis amantes fuegos
lo eftán pidiendo ya; mis naves prontas
efperandoos eftán; vamos al templo,
y defde el mifmo Altar fubiendo à ellas
iréis ya foberana, y como dueño
de los mares que deben conduciros.
Mon. Muy grandes fon, Señor, los dones vueftros:
mas pues el tiempo eftrecha, y es precifo
què una refpuefta os dé; decidme luego
fi podré por lo menos libremente
deciros mis fecretos fentimientos.
Pharn. Monima puede todo lo q̃ quiera:
y yo oiré quanto diga con refpeto.
Mon. Creo, Señor, q̃ ya foi conocida.
Epiro fue mi patria, y los abuelos
de q̃ el origen traigo, ò fueron Reyes,
ò tan illuftres heroes que los Griegos
por fus heroicas inclitas virtudes
con mas aprecio q̃ à los Reyes vieron.
Mithridates me vió: mi patria entonces
fugeta eftaba à fu felíz Imperio:
el fe dignó de amarme, y la real banda
como prenda me envió de fu Himeneo.
Efta fue para toda mi familia
una fuprema ley, y mi refpeto
otro arbitrio no vió que la obediencia:
efclava coronada partí luego,
dexandome guiar de mi deftino.
El Rey que por entonces en el feno

de

de ſus vaſtos eſtados me eſperaba,
ſe viò forzado à dirigir muy preſto
ſus deſignios y paſos à otra parte;
y mientras en la guerra eſtaba atento
me mandó conducir à eſte parage
libre y diſtante del marcial eſtruendo.
Yo vine, y me mantengo todavia...
mas mi padre, Señor, à caro precio
eſte honor infeliz à pagar vino;
porque de Roma fue primer troféo
Philopemen por padre de Monima,
pues por ſer ſu hija yo, muerte le dieron.
Eſto es, Señor, lo que deciros quiſe,
para que examineis ſi tener debo
el odio mas terrible contra Roma;
pero aun que la aborrezca, yo no tengo
exercito que pueda contraſtarla,
teſtigo inutil de ſus crueles echos:
me falta un cetro y tropas; ſolamente
tengo mi corazon: y quanto puedo
hacer en mi dolor, es guardar pura
la fé q̃ debo à quien me dió el aliento;
y no manchar mis manos en ſu ſangre,
tomando por mi eſpoſo y por mi dueño
envilecida y vil, à quien aliado
eſtá con los romanos.

Pharn. No os entiendo.
¿que decis de romanos y de alianzas?
¿quien dice q̃ yo aliado eſté con ellos?

Mon. Pues que podeis negarlo? ¿de q̃ modo
vinierais à ofrecerme aquellos reinos
y la entrada de un pais, à quien la guerra
y los romanos cercan, ſi el ſecreto
tratado que con ellos os ha unido
no os abriera las ſendas y el Imperio?

Pharn. Yo os deſcubriera todas mis ideas
ſincerando mi honor de eſte improperio,
ſi vos miſma dexando diſimulos
me hablareis con un labio mas ſincero:
mas, Señora, juntando las diverſas
eſcuſas que me dais, à ver empiezo
vueſtro oculto interés; y no es un padre
el que os inſpira ahora eſtos conſejos.

Jif. Tenga, Señor, la Reyna los motivos
que pudiera tener el labio vueſtro,
no debe reſponder reſueltamente.
Qué! podeis vacilar ſolo un momento
en el forzar contra la injuſta Roma
toda la ſaña del ardor mas fiero?
hemos oido de un padre la deſgracia:
¿y omiſos en vengarlo, mas diſpueſtos
à ocupar ſu lugar, tan baxamente
nueſtro honor y ſu ſangre olvidaremos!
El à muerto, Señor; ¿pero ſe ſabe
ſi ſiquiera ha tenido aquel excelſo
los funeſtos honores del ſepulcro?
¿ni quien ſabe tampoco ſi en el tiempo
en q̃ de amor hablais, aquel Monarca
à quien todo el Oriente por ſus echos,
ultimo de ſus Reyes apellida,
en ſus eſtados miſero yaciendo,
privado del aſilo del ſepulcro
y ſin honor, rendido de los muertos
entre la obſcura turba; alli no acuſa
la barbara injuſticia con que el Cielo
ſu real cadaver ultrajar permite,
la triſte ſituacion, lugar funeſto
y la ingrata vileza de ſus hijos
que al oprobio de un Eroe tan excelſo
no ſe atreven à dar juſta venganza!
Ah Señor! no perdamos aſi el tiempo:
del Bosphoro en la orilla y en el mundo
ha quedado algun Rei digno de ſerlo,
vé aqui nueſtros aliados; promptamente
corramos à buſcarlos, y con ellos
vivamos ò muramos ſi es preciſo
como hijos del heroico padre nueſtro.
Sobre todo aunque quiera reducirnos
la dulzura de amor; ſolo penſemos
en defender de yugo tan tirano
con nueſtra libertad la de eſtos reynos;
y no en querer forzar los corazones
à q̃ no ſe nos entreguen ellos meſmos.

Pharn. El conoce, Señora, vueſtro guſto:
mirád ſi ſe engañaban mis recelos:
eſte es el interés tan poderoſo
q̃ en vueſtra alma domina con imperio
eſte el padre y romanos que os obligan
à no admitir mi mano y mis afectos.

Jaf. Yo ignoro de ſu pecho los arcanos:
mas ſi acaſo penſara conocerlos,
como vos lo penſais, me ſometiera,
y no la importunara con mis ruegos.

Pharn. Vos hicierais mui bien; pero yo lo hago

ſo que hacer me conviene: vueſtro exemplo
no es para mi una regla.
Jif. En eſte ſitio
todos deben tomarla por modelo.
Pha. Eſo podeis decir eſtando en Colcos.
Jif. En Colcos como aqui decirlo puedo.
Pharn. Aqui tal vez os coſtaria caro.

SCENA IV.

Monima, Pharnace, Jifarés y Phedima.

Phed. Principes, todo el mar eſtá cubierto
de muchas naves; y de aqui à mui poco
las nuevas de ſu muerte deſmintiendo
entrará en eſte puerto Mithridates.
Mon. Mithridates!
Jif. Mi padre!
Pharn. Oh Dios, que es eſto?
Phed. El miſmo Rei para llegar mas pronto
ſe trasladò à navio mas ligero,
y preſuroſo ſe ha embarcado Arbate,
para ir à recibirle.
Jif. Santo Cielo!
¿que hemos echo Princeſa? ¡ſuerte dura!
Mon. Principe à Dios. Que aviſo tan funeſto!

SCENA V.

Pharnace y Jifarès.

Pharn. Mi padre vuelve? à perfida fortuna!
mi amor y vida eſtán en grande rieſgo.
Los romanos q̃ eſpero vendran tarde...
¿que puede pues hacer? Señor bien veo, *A Jifarés.*
q̃ ſe afige vueſtra alma, y de Moníma
he reparado los ſuſpiros tiernos;
pero hablarémos de eſto mas deſpacio,
pues mas urgentes è importantes rieſgos
ahora ocuparnos deben. El Rey llega,
y vendrá como ſiempre muy ſevero.
Quando es mas infeliz, es mas terrible:
véd q̃ nueſtro peligro es mui eſtrecho:
los dos ſomos culpados, al Rey nunca
la amiſtad le deſarma lo violento.
El con ſu propria ſangre es mas furioſo,
mas implacable Juez, y ya ſabemos
como mandó terrible dar la muerte
à otros dos hijos, y por mucho menos.
Ah Jifarés! temamos por entrambos:
temamos por la Reyna, véd ſu rieſgo:
yo la miro con ojos compaſivos
por lo miſmo q̃ el Rei la adora tierno:
él violento en amar pero zeloſo,
con violencia mayor ſiempre en ſu pecho
es el odio mas fuerte que el cariño:
vos no fieis tampoco en el afecto
que ſiempre os ha moſtrado; pues ſu enojo
por la miſma razon ſerá mas fiero:
reflexionadlo bien, de los ſoldados
vos teneis el favor, yo tambien cuento
con ſoçorro que callo por ahora:
hermano, creedme, y ſin perder mas tiempo
hagamonos los dueños de eſta plaza
aſi nueſtro perdon conſeguiremos,
ſin q̃ el padre à los hijos dé mas leyes
que las que recibir quiſieren ellos.
Jif. Yo ſe, Señor, q̃ ſoy muy delinquente:
el caracter del Rei bien lo comprehendo;
y hai de mas contra mi todo el odioſo
delito de mi madre. Con todo eſo
ſin q̃ el amor me obligue á ſer injuſto,
quando mi padre viene, yo no tengo
mas armas que el reſpeto y la obediencia.
Pharn. Pues, Jifarés, cuidado, y à lo menos
que mutua fé ſe guarde entre noſotros:
vos ſabeis mi ſecreto, yo ſe el vueſtro:
el Rei que ſiempre es fertil en inſidias,
todas nueſtras palabras y conceptos
al examen pondrá: ya ſu coſtumbre
debeis vos conocer, y quanto es dieſtro
con afectadas perfidas caricias
en ocultar de ſu odio lo violento.
En fin vamosle à vér, pues es preciſo;
pero cumpliendo aſi con el reſpeto,
cuidado, hermano, no nos deſcubramos,
y nueſtras culpas ambos ſepultemos.

* * * *
* * *
* *
*

AC.

ACTO II.

SCENA I.

Monima y Phedima.

Phed. ¿Aqui os eſtais, Señora, todavia,
quando ſe acerca el Rey,y q̃ con anſia
van todos à la orilla à recibirle?
¿que es lo que haceis aqui? qual es la cauſa
qué puede deteneros? por ventura
no temeis ofender aun gran Monarca
que os adora,y que caſi vueſtro eſpoſo...
Mon. Todavia no lo es, Phedima amada,
y mientras no lo ſea, mi decoro
ſolo debe eſperarle en eſta ſala.
Phe. Mas no es eſte un amãte como todos?
penſad que es un gran Rey, que deſtinada
eſtais por vueſtro padre à ſu Himeneo.
Que ſu mano real con eſa banda
os dió ya de ſu fé prenda ſolemne,
y que es dueño por fin de conſagrarla
en los altares ſiempre que quiſiere.
Creedme,Señora, pues, y ſin tardanza
íd como todos van à recibirle.
Mon. Mira en que eſtado eſtoy! como inſenſenta
quieres que yo me mueſtre? và eſte roſtro
bañado en tantas lagrimas amargas,
y lejos de ir à verle, tu debieras
decirme que de el ſiempre me ocultará.
Phed. Cielos! que me decis!
Mon. Vuelta funeſta
que me quita la vida! ay deſdichada!
¿como podré à ſu viſta preſentarme?
llevando en mi cabeza ſu real vanda
y acá en el corazon... Phedima mia,
tu ſabes la venganza que me mata.
Phed. Pues que? ¿volveis, Señora, à las anguſtias
q̃ en la Grecia os coſtaron tãtas anſias?
y el miſmo Jifarés vuelve de nuevo
à inquietar vueſtra vida?
Mon. Mi deſgracia
es ahora mayor de lo que pienſas.
En Jifarés entonces no miraba
mas que un Principe lleno de virtudes,
y cubierto de gloria la mas alta.
Mas no ſabia yo que eſte Heroe miſmo
encendido en la propria ardiente llama
de mi eſtaba tambien enamorado.
Phed. Señora, qué decis? el os amaba?
y eſte Heroe tan iluſtre.
Mon. Es infelíze,
igualmente que yo ſoy deſgraciada.
El me adora,Phedima, y las anguſtias
que aqui me deſtrozaban inhumanas,
le atormentaban à el en otra parte.
Phed. Pero ſabe el ſecreto de vueſtra alma?
ſabe que vos le amais?
Mon. No, no Phedima,
los Dioſes ſoſtuvieron mi conſtancia.
Nada le dí à entender. Le hablé de modo
que no ha podido conocer mi llama.
Ha, ¡ſi ſupieras tu quanta violencia!
quanto afan! quanta pena tan amarga
ſufriò mi corazon por reſiſtirſe
y el ſilencio guardar, quantas batallas!
¡qué combates en fin he ſoſtenido!
Phedima mia, ya el valor me falta,
y no quiero otra vez volver à verle
à peſar de mi esfuerzo: ſi mirara
ſu dolor otra vez, yo no pudiera
tal vez diſimular mis tiernas anſias.
Es verdad que de poco le ſirviera
conocer mi paſion; porque tan cara
le vendiera eſta dicha à mi decoro,
que mejor le eſtubiera el ignorarla.
Phed. Gente viene àcia aqui. ¿que haceis Señora?
Mon. No me vean, partamos ſin tardanza.

SCENA II.

Mithridates, Pharnace, Jifarès, Arbate y Guardias.

Mit. Principes,no;vueſtras razones todas
vanas eſcuſas ſon; pues à eſta playa
nunca debierais dirigir los paſos,
ni abandonar en tales circunſtancias
tu al Ponto,al Colcos tu: cuia defenſa
á

à los dos encargó mi confianza:
muy presto habeis creido de mi muerte
la nueva por mi mismo derramada.
Pero en fin vuestro Juez no es inflexible,
es un padre que tierno à los dos ama:
que desea encontrarlos inocentes,
y que al Cielo le dá rendidas gracias
de que nos haya aqui juntado à todos.
Aunque vencido estoy, y me amenaza
un misero destino; con todo eso
se ocupa mi valor, y ya prepara
un designio q̃ es digno de mi esfuerzo:
despues os lo diré: por ahora basta:
íd y dexadme reposar un rato.

SCENA III.

Mithridates y Arbates.

Mit. En fin despues de un año de tardanza
vuelve, Arbates, à verme. No como antes,
aquel feliz y prospero Monarca
que turbaba de Roma los destinos.
Yo fui vencido: de una noche opaca
que dexaba al valor muy poco campo;
Pompeyo tomar supo la ventaja.
Mis tropas sorprendidas en desorden,
casi desnudas todas y sin armas,
entre si mismas ciegas combatian
con las obcuras sombras engañadas.
Los gritos y el retumbo de las rocas,
añadian horror á la batalla
de un combate funesto y tenebroso.
Todo en fin los terrores inspiraba.
¿Que podia el valor en aquel caso?
unos mueren alli, à otros los salva
precipitada fuga, y aun yo mismo
debi la vida à la noticia falsa
que esparcí con cuidado de mi muerte.
Por esconderme à mi fortuna airada,
corrí desconocido todo el Faso
y de alli penetrando las montañas
que el Caucaso rodean, en navios
que en el Euxino prontos me esperaban
junté los restos del disperso campo.
Vé aqui porque suceso, que desgracia
al Bosforo he venido, donde veo
que otras nuevas la suerte me prepara.
Yo vuelvo, amigo, todavia lleno
de mi violento amor: mi voráz llama,
aunque mi corazon no se alimente
mas que de sangre, de furores y armas,
à pesar de la carga de sus años,
y del feroz destino que le ultraja,
va arrastrando consigo aquel incendio,
en que arde por Monima: mi cruel rabia
no conoce mayores enemigos
que à dos hijos ingratos que aqui halla.
Arb. A dos hijos, Señor?
Mit. Amigo, escucha:
à pesar de lo ardiente de mi saña
à Jifarés distingo de su hermano,
y sé que del primero la grande alma
à mis leyes sujeta, el odio mismo
q̃ yo conservo a Roma, tambien guarda.
Veo que su valor me justifica
de la aficion con que mi pecho le ama,
se tambien con que arrojo quando supo
de su vil madre la traicion villana
la corrió à desmentir, y que se expuso
à mil peligros con accion bizarra.
Asi no creo ni à pensar me atrevo
q̃ un hijo que es tan fiel me deshonrara.
¿Mas dime que motivo aqui los trajo?
por la Reina tal vez los dos se inflaman?
¿y à qual de ellos la Reyna corresponde?
¿yo mismo conque estilo debo hablarla?
responde; porque quiero antes de verla
que de todo me dés noticia exacta:
dime lo que ha pasado: lo q̃ has visto:
que has podido advertir; y porque causa
te has rendido.
Arb. Señor, habrá ocho dias
q̃ Pharnace ha llegado à estas murallas
con veloz impaciencia, authorizando
de vuestra muerte la noticia infausta:
quiso en la plaza ser introducido,
yo no quise cedér à sus instancias,
ni aun hubiera creido sus noticias
si despues Jifarés à su llegada,
mas que con su discurso, con su llanto,
no hubiera confirmado esta desgracia.
Mit. ¿Mas que hicieron en fin?
Arb. No bien Pharnace
se viò ya introducido en esta plaza
quando corrió à la Reyna, y presuroso

la explicó su voráz, y ardiente llama:
la ofreció su himeneo, y con su mano
atar en su cabeza la real vanda
que ya de vos tenia recibida.

Mit. El infame! el traidor! ¿sin que dejára
que vertiera siquiera el llanto triste
que debia à mi amor y mi constancia?
mas su hermano::-

Arb. Su hermano, por lo menos
no ha descubierto amor ni alguna trama,
y siempre imitador de su gran padre,
solo respira ardor, ira y venganza.

Mit. Está bien: ¿mas qué causa, que motivo
le ha conducido aqui?

Arb. Señor, la causa
podreis saber despues.

Mit. Ahora la quiero:
dila, responde, que tu Rey lo manda.

Arb. Señor, lo que mi zelo ha penetrado
es, que el Principe cree q̃ esta comarca
despues de vuestros dias à él le toca,
y que quizá temiendo aventurarla
se fió en su valor, y aqui ha venido
à apoyar su derecho con las armas.

Mit. Esto es lo menos que de mi se puede
prometer su lealtad, si el Cielo aguarda
à que un dia yo ordene de mi suerte.
Ahora respiro, Arbate, yo temblaba
(te lo confieso) tanto por un hijo
que me es querido, y tiene prendas tantas
como por mi tambien, que en él temia
perder todo mi apoyo y confianza,
y verme precisado à pesar mio
à combatir à sus virtudes raras.
Si Pharnace me ofende, este à mis iras
solo ofrece un ribal de alma tan baja
que secreto sequaz de los Romanos,
y alucinado de su infiel alianza,
nunca sino por fuerza se ha querido
declarar contra Roma, y si inflamada
en vil fuego Monima, en él coloca
el amor que le debe à mi constancia,
tiemble el reo que quiere seducirla:
¡ay de aquel desdichado que me ultraja!
¿mas lo ama ella?

Arb. Señor, viene la Reyna.

Mit. Justos Eternos Dioses! vuestra saña
me escuse este dolor: haced piadosos
que infelice no encuentre la desgracia
q̃ à buscar voy yo mismo: vete amigo,
que la Reyna se acerca y quiero hablarla.

SCENA IV.

Mithdirates y Monima.

Mit. Al fin, Señora, el Cielo me permite
que à veros vuelva; y paraque à mis ansias
se le temple el dolor al amor mio,
os vuelve tan hermosa como amada.
Jamás imaginé que nuestras bodas
fuesen por tanto tiempo retardadas,
ni que mi vuelta misera y funesta
debiera presentar à vuestras plantas,
mas q̃ mi amor mis tristes infortunios:
sin embargo, este amor tanto me halaga
que me obliga à buscar entre otras muchas,
que pudiera excojer la retirada
en donde vos estais; y si mi vuelta
no es para vos, Señora, una desgracia;
me serán dulces todas las que sufro:
ya podeis entenderme; asegurada
estais ya de mi amor y fé constante:
yo en vuestra frente veo esa real vanda
que os debe recordar de que sois mia.
Vamos pues desde luego y sin tardanza,
de nuestra mutua fé se estreche el ñudo,
que la gloria à otro Clima ya me llama:
asi sin dilacion ser quiero hoy mismo
vuestro esposo, y partir por la mañana.

Mon. Vos sois dueño, Señor, de mi obediencia,
que solo vuestras ordenes aguarda.
Los ilustres Autores de mi vida
han querido ceder à su Monarca
todo el poder que sobre mi tenian:
yo debo obedecerle resignada.

Mit. De manera, que vos ya estais dispuesta
à uniros en un yugo que os maltrata,

Y

y al altar llegareis como infelice
victima al sacrificio destinada.
Yo entre tanto tirano de un afecto
q̃ se presta à mi amor con repugnancia,
aun en el mismo tiempo que os posea,
nada os vendré à deber : ¿pensais que basta
à Mithridates esto ? satisfecho
con el poder de violentar vuestra alma
perderá la ambicion de complaceros ?
finalmente (decidlo) ¿mis desgracias
me han hecho à tanto extremo despreciable ?
pues, Señora, sabed que mi constancia
quando para emprender nuevas conquistas
no tubiera ya abiertas las entradas,
vencido sin socorro, sin estados,
yendo de mar en mar como pirata,
mas que como gran Rey, y manteniendo
por unico favor, por sola alianza,
de Mithidrates el nombre, sabed digo,
que solo con mi nombre y con mi fama
del Universo fixaré los ojos:
que si es digno de serlo; no hay Monarca
que sentado en su trono no me envidie
por mayor que su gloria mi desgracia;
mi desgracia, à quien Roma y una guerra
quarenta años continuos prolongada
no han podido acabar, y vuestros ojos
de otro distinto modo me miraban,
si en vos misma viviera la memoria
de los hechos sublimes, las hazañas
de vuestros altos è inclitos abuelos:
à mas de esto, Señora, pues forzada
estais mi esposa à ser ¿no era mas noble
lo que es obligacion hacerlo gracia ?
¿oponer vuestro amor, vuestras finezas
al destino que barbaro me ultraja ?
y asegurarme en fin contra la triste
natural infeliz desconfianza,
que siempre sigue cruel à el infortunio:
pero qué? muda estais ? ¿ni una palabra
teneis que responderme ? ¿mis razones,
mis ruegos y mi amor, de vos no alcanza,
mas que un mudo silencio ? ¿en vez de hablarme
procurando calmar mi mortal ansia,
¿he de ver q̃ à pesar de vuestro esfuerzo
ya el llanto por los ojos se os derrama?

Mon. Por mis ojos, Señor ? no hay llanto en ellos :
yo os obedezco pronta y resignada,
¿que no es esto explicarme claramente::-
y no os basta, Señor ?

Mit. No, no me basta :
ya os entiendo, Señora, ahora conozco
que me han dicho verdad; vuestras palabras
de confirmar acaban mis recelos:
veo que un hijo vil, un alma ingrata,
vencida del poder de vuestro encanto
os ha hablado de amor, y que vos blanda
escuchais sus afectos insolentes;
tambien veo que os pongo por su causa
en funestos temores, pero poco
podrá gozar el vil de dicha tanta,
porque si aqui mis leyes se obedecen
no volvereis à verle. Há de mis guardias :
llamen à Jifarés.

Mon. Dioses, qué escucho ?
à Jifarés ?

Mit. Señora, què os espanta ?
bien sé que Jifarés no me ha ofendido,
y la amistad con que mi pecho le ama,
satisfecha está de él; asi es inutil,
que penseis en buscar disculpas vanas :
mucho menos seria mi verguenza,
y tambien vuestra culpa si inflamára
à vuestro debil pecho este hijo mio,
digno de estimacion, lleno de fama.
Pero que un vil traidor, que solo tiene
valor para ofenderme, en quien no se halla
señal de honor, ni de virtud alguna :
que Pharnace por fin robado me haya
de vuestro corazon todo el afecto,
que él sea objeto de amor, y yo de saña::-

***

SCENA V.

Mithridates, Monima y Jifarés.

Mit. Ven hijo, ven, y mira que á tu padre
insulta otro hijo, pues con llama osada
sus afectos compite y le asesina:
él adora à la Reyna, ella le ama,
y en fin traidor un corazon me roba,
que por fuerza à ser mio se consagra;
harto dichoso yo, de que no debo
acusar de pasion tan temeraria,
sino al pecho traidor del vil Pharnace:
si; amado Jifarés, que tu alma honrada
de una madre y hermano los exemplos
desmienta con conducta tan bizarra:
tu eres, hijo querido, la persona
en quien reposa toda mi esperanza;
tu el que escoji por digno compañero,
que serás heredero de mi casa,
y sobre todo, de mi ilustre nombre:
pero Pharnace, y mi ofendida llama
no ocupan por entero mis ideas:
un importante viaje que se abanza,
los navios que deben aprestarse,
mis soldados en fin à quienes trata
mi ardor de persuadir à que me sigan,
me obligan à que ahora à verlos vaya:
tu cuida Jifarés de mi reposo,
impide las ideas temerarias
de un contendor infame y alevoso:
no dejes à la Reyna: por mi la habla:
y hazla si puede ser menos opuesta
al afecto de un Rey que la idolatra:
desviala, hijo mio, de que intente
hacer una eleccion poco acertada;
pues imparcial en esto tus razones
podrán mejor vencerla y ablandarla:
en fin ya mi flaqueza he descubierto
mas allá de lo justo: mas repara
que ella puede formar esta terneza
à que se cambie (que se yo) en cruel rabia,
de que si acaso llego à arrepentirme
será solo despues que esté vengada.

***

SCENA VI.

Monima y Jifarés.

Jif. ¿Qué es lo que oigo, Señora, y de que modo
he de escuchar un orden que no alcanza
à entender mi razon? podrá ser cierto
que de un ribal la suerte afortunada
su colera merece? ¿y es Pharnace
de tan fiero disgusto feliz causa?
Mon. Y què es lo q̃ oigo yo? divino Cielo!
Pharnace? el vil Pharnace ¿que no basta
que en este dia fatal à mis deseos
venga à quitarme toda la esperanza
de esclava desgraciada del decoro,
que la virtud y la razon me encargan?
¿Yo misma me sujete à eternas penas,
sin que tambien à mi dolor se añada
de un ultraje el baldon? que se atribuian
de Pharnace al amor mis tristes ansias:
y que por fin, se quiera que yo le ame
à pesar de las pruebas de mi saña?
no me ofendo del Rey, su ira le ciega:
ni él sabe los secretos de mi alma:
pero vos, Jifarés? vos inhumano?
vos tambien me tratais con tanta infamia?
Jif. Ay Señora! escuchad à un triste amante,
cuya razon perdida y conturbada
vá à perder quanto adora en este mundo,
y él de verle prohibe la venganza.
Mas Señora, mi padre se lamenta
de que un feliz ribal su amor contrasta
¿quién es el venturoso delinquente
de culpa tan felice como ingrata?
Mon. No querais, Jifarés, atormentaros,
sufrid vuestro destino con constancia,
sin q̃ aumentarlo procureis vos mismo.
Jif. Conozco los tormentos q̃ me aguardan:
como si fuera poco que mi padre
con la que adoro à desposarse vaya;
quiere tambien la suerte que yo sepa
que à otro ribal vuestros afectos aman;
que es el mayor dolor: mas ya es tan fiero

el

el despecho funesto de mi rabia
que aumentarlo procuro : asi , Señora,
decidme por piedad ¿qual es la causa
de vuestro llanto ? ¿què pasion amante
ha sido tan feliz , y afortunada
què ha logrado encenderos en su afecto?

Mon. ¿Tanto trabajo os cuesta adivinarla ?
quando quise librarme de un insulto;
¿quien fué el recurso de mis tristes ansias ?
¿à quien contra Pharnace di mis quejas ?
¿qué amor en fin sin colera escuchaba ?

Jif. O Cielos ! yo seria ese dichoso ?
apenas cabe tanto gozo en mi alma :
vos me habeis visto con benignos ojos ?
¿vuestras lagrimas dulces , y adoradas
por mi han corrido ?

Mon. Si : que ya no es tiempo
de usar de disimulo , y mis desgracias
sufren para callar mucha violencia;
sé que severa la virtud me manda
un estrecho silencio , y con todo eso
me determino à no ocultaros nada
por la primera vez y la postrera :
ha tiempo que me amais , y ahora os declara
mi corazon, que desde el mismo tiempo
se ha encendido por vos en igual llama :
acordaos del dia en que mis pocos
encantos inspiraron en vuestra alma
un amor à que no eran acrehedores :
recordad el placer de una esperanza
que muy poco duró : la pena horrible
en que os puso la nueva no esperada
de haberme ya escojido para esposa
vuestro padre : la barbara inhumana
precision de perdérme , y los rigores
de mi virtud à todo resignada :
vos no podreis, Señor, hacer recuerdo,
ni contar vuestras tragicas desgracias
sin que tambien conteis mi triste historia,
y quando estube viendo esta mañana
vuestras dolientes quejas en secreto,
mi pecho repitió vuestras palabras.
Inutil y aun funesta simpatia,
perfecta union que con crueldad tirana
la suerte à desmentido , porque el Cielo
quiso con necio afan que se juntaran
dos tristes corazones, quando impio
uno para otro no los destinaba;
porque à pesar , Señor, del visto afecto
en que solo por vos se enciende mi alma
os digo para nunca repetirlo
que mi gloria me impele , q̃ me arrastra
à aquel altar donde mi labio debe
jurar eterna fé sobre sus aras.
Veo que vuestros ojos se enternecen::-
tambien lloro ; pero esta mi desgracia::-
ya no soy mia , soy de vuestro padre :
y en esta idea que el honor me encarga:
me debeis sostener dandome auxilio
para arrojaros de mi debil alma.
Por lo menos espero que prudente
no me volvais à hablar de nuestras ansias ;
ya os he dicho , Señor , lo suficiente
para q̃ comprehender podais con quanta
razon debo imponeros ley tan dura.
Y pues que os hice confesion tan clara,
si me quereis probar que vuestro pecho
me ha querido con noble y pura llama,
solo lo lograreis por el empeño
que me hareis siempre ver en ocultarla.

Jif. ¡Ah que prueba de amor ! Dioses eternos !
¿cómo del colmo de una suerte fausta
paso al mayor abismo de desdichas ?
qué Señora ! ¿mi estrella afortunada
ha logrado inspiraros ese afecto ?
yo he sido tan feliz ? mi aficion casta
ha interesado à vuestro amable pecho ?
¿y vuestra mano à otro se consagra ?
padre injusto y cruel : pero infelice !
en fin vuestro rigor ahora me manda
que de vos huya siempre , y el Rey quiere
que de vuestra presencia nunca parta :
Qué dirá pues ?

Mon. No importa ; obedecedme :
razon habrá para escusar la falta
de un Heroé como vos, este es el grande

el esfuerzo ſupremo que ſe aguarda :
todo lo que el amor mas induſtrioſo,
inſpira à las paſiones ordinarias
para hallar ſu placer, emplead altivo
en huir de eſte amor que de mi fama
puede ſer un baldon, yo me conozco,
y ſin duda mi vida ſe arrieſgara:
ni toda mi virtud ſe atreve ahora
à tener de ſu esfuerzo confianza.
Yo sé que vueſtra viſta arrancar puede
un indigno ſuſpiro de mi alma :
pero no menos sé que ſi depende
de vos hacer que ſiempre me ſea grata
eſta agradable y liſonjera idea;
vos no me impedireis el que agraviada
mi gloria de eſte amor no le caſtigue,
ni que mi miſma mano pronta vaya
à arrancarle del intimo del pecho,
lavando con mi ſangre tan vil mancha.
Pero qué es lo q̃ digo ? en eſte inſtante
que ultimo debe ſer ; ſiento en el alma
un funeſto placer que me detiene.
Mientras os hablo mas, mas deſeara
(que debil ſoy) ſe fuera prolongando
el peligro cruel que me amenaza:
y de que mi razon huír procura ;
pero ya eſta violencia es neceſaria,
y ſin que exponga en una deſpedida
lo poco que me queda de conſtancia :
à Dios, Señor, yo os huyo : haced lo miſmo,
y que vueſtra obediencia reſignada
merezca todo el llanto que me cueſta.

SCENA VII.

Jifarés ſolo.

Jif. Ay Reyna! mas veloz de mi ſe aparta:
infeliz Jifarés, ¿que hacer pretendes?
conſigues ſer amado y la que te ama
es la que te abandona? mas ya mueras,
que ſu deber y el tuyo te lo mandan :
corramos pues; y hallemos en la muerte
el fin de tanta miſera deſgracia.
Mas primero obſervemos à Pharnace,
y ſi por fin debiere deſpoſarla
uno de los ribales ; mi reſpecto
ſolo dará à mi padre eſta ventaja.

ACTO III.

SCENA I.

Mithridates, Jifarés y Pharnace.

Mit. Venid, hijos, que ya ha llegado el tiempo
en que voy mis deſignios à eſplicaros,
pues que para emprenderlos ſolo falta
que à los dos los declare : ahora eſcuchadlos.
Yo fugitivo eſtoi, aſi lo quiere
la crueldad enemiga de mis hados:
mas voſotros ſabeis muy bien mi hiſtoria
para penſar que tiempo dilatado
quiera en eſte deſierto eſtar oculto,
ni eſperar q̃ me buſquen mis contrarios;
la guerra tal vez tiene ſus favores,
y tal vez ſus deſgracias ; al Romano
engañé muchas veces con la fuga,
fingí retroceder para buſcarlo ;
y mientras Roma à ſu ſobervio pueblo
junto à un carro triunfal tenia ocupado,
mientras grababa en el acero duro
ſus debiles ventajas, arraſtrando
por ſus calles la imagen de mis Reynos
que à ſu poder creía avaſallarlos ;
el Boſphoro me vió con impreviſtos,
con rapidos apreſtos, ir ſacando
de ſus pantanos barbaros è incultos
al terror; y q̃ hechando à los Romanos
del Aſia ſorprehendida en un momento
deſacia de un año ſus trabajos :
los tiempos ſe han mudado, y es preciſo
que ſe mude mi idea : fatigado
ya el oriente con guerras tan continuas
no puede ſoſtener esfuerzos tantos.
Mas que nunca ſe miran ſus campañas
deſoladas y llenas de Romanos,
à quienes nueſtra perdida enriquece
à eſtos uſurpadores nunca ſacios
de los bienes de todas las naciones:
atrae à unos confines tan lejanos,
de los teſoros nueſtros la noticia,

y el terreno natal abandonando
à nueſtra patria barbaros inundan.
Yo ſolo les reſiſto ; à mis aliados
canſados, ù oprimidos ya les peſa
de mi amiſtad funeſta el triſte cargo:
ya Pompeyo eſtá ſolo con ſu nombre
de qualeſquier conquiſta aſegurado :
es el terror del Aſia. Y aſi lejos
de quererle buſcar , à Roma vamos.
Roma es adonde yo marchar pretendo;
veo que eſte deſignio os cauſa eſpanto,
y penſareis quizá que me lo inſpira
un deſpecho atrevido y temerario :
os diſculpo el error porque es dificil,
que eſtos proyectos ſean aprobados
ſin ſer dichoſamente concluidos.
Pero no os figureis que nos hallamos
ſeparados de Roma con eternas
invencibles barreras , ni que al cabo
eſtá del univerſo ; yo sé todos
los caminos que allá deben guiarnos ;
y ſi una pronta muerte mis deſignios
no viene à interrumpir en el eſpacio
de tres meſes no mas , os aſeguro
que al pie del Capitolio he de llevaros:
¿dudais que navegando en el Euxino
en dos dias no llegue à los eſtados
en que el Danubio acaba ſu carrera ?
¿y que el Scita mi afecto, y fiel aliado
no me abra las entradas de la Europa ?
acogido en ſus puertos , nueſtro campo
crecerá por inſtantes con ſus tropas :
los Germanos , Panonios, y los Darios
todos un Gefe eſperan que conſiga
de tanta tirania libertarlos.
Ya ſabeis como excitan mi venganza
los fieros Eſpañoles y los Galos :
contra los muros de que fueron dueños:
mi pereza la Grecia eſtá acuſando
por ſus Embaxadores : todos ſaben
que eſte feroz torrente ſanguinario
al mundo inundará,ſi à mí me arraſtra.
Aſi queriendo redimir ſu eſtrago,
vereis que en el camino ſon mi guia,
y que à Italia ſiguiendo van mis paſos :
allí ſe encuentra mas que en otra parte
un eſpantoſo horror contra el Romano,
y vereis à la Italia que aun humea
con la llama de aquel fuego incendiario,
que excitó por guardar noble y brioſa
ſu libertad que vió ya vacilando.
No, hijos mios, no es ſolo en los confines
del mundo donde Roma ha recargado
el peſo de ſus barbaras cadenas,
que inſpirando de cerca odios mas altos
ſus mas crueles y fieros enemigos
à ſus puertas los tiene muy cercanos.
Si por libertador han eſcogido
à un ſpartano que era vil eſclavo,
infame gladiador ; con que oſadia,
con que aliento tan noble y tan bizarro
ſe vendrán à aliſtar en las vanderas
de un victorioſo iluſtre ſoberano,
que haſta el gran Ciro cuenta ſus abuelos,
y que al honor aſpira de vengarlos:
¿cómo penſais hallar de Roma el ſuelo?
exauſto de legiones : que empeñado
en oprimirme à todos ſus guerreros
ha enviado à eſte confin ; ¿y que entre tanto
que ellos en perſeguirme aqui ſe ocupan
quando aqui tienen todos ſus ſoldados
me detendrán ſus hijos y mugeres ?
marchemos pues : y con reſuelto paſo
llevemosle la guerra , que ſu furia
à los eſtremos de la tierra ha enviado :
vamos à combatir en ſus murallas,
à eſtos conquiſtadores inhumanos
que tiemblen una vez por ſus hogares:
Anibal lo ha predicho, declarando
que los Romanos no ſerán vencidos
ſino en la miſma Roma : allá pues vamos;
en ſu vertida ſangre la aneguemos,
y el Capitolio infame deſtrozando,
deshagamos la afrenta de cien Reyes :
borremos con las armas en las manos
todos los nombres que la altiva Roma
à una ignominia eterna ha conſagrado :
eſte es, queridos hijos, el deſeo,
y la ſola ambicion de mi conato.
Pero no imagineis, que quando auſente
debo yo eſtar de el Aſia, à losRomanos
deje que la poſean quietamente;

ya

ya les he prevenido un gran contrario:
pues quiero que rodeada de enemigos
llame à Pompeyo à su socorro en vano:
en ser el subcesor en mis furores
ha consentido ya el invicto Parto:
se une conmigo en odio y en familia,
y por esto à pedir me ha enviado
un hijo para yerno: à ti Pharnace,
este sublime honor está aguardando.
Anda pues à obtenerle, y sin demora
vé à ser de su hija esposo afortunado.
Yo quiero que la Aurora de mañana
descubra al levantarse ya cortando
mis naves à las ondas: y pues nada
tienes que hacer aqui, vé sin retardo:
merece con tu pronta diligencia
mi eleccion y concluye este contrato:
quando à pasar por el Eufrates vuelvas
el Asia vea en tu animo gallardo
un Mithridates nuevo, y que la fama
tus heroicas hazañas publicando,
siga mis huellas, y me alcanze en Roma.

Pharn. Señor, no se ocultar mi grande espanto:
atonito hos escucho este designio:
yo lo admiro, Señor, nunca mas alto,
mas digno pensamiento poner pudo
las armas de un vencido entre las manos;
sobre todo, me asombra vuestro invicto
ardiente corazon nunca cansado,
que parece recobra nueva fuerza
à pesar del destino y de los años.
Mas no obstante, Señor, (si acaso puedo
hablar con libertad) ¿os veis forzado
à recurrir à paso tan extremo?
¿Porque haceis en países tan lejanos
un inutil esfuerzo, si aqui mismo
vuestros Reynos os dán asilos tantos?
¿porque habeis de correr tantos peligros?
¿porque quereis sufrir tantos trabajos
dignos solo de un Jefe de vandidos,
no de un grande glorioso Soberano
que veía sus leyes respetadas,
q̃ fundaba su Reyno en treinta Estados,
y cuyas ruinás mismas son ahora
un Imperio florido y dilatado?
¿pero despues de todo, ¿estais creyendo
que son Heroes, Señor, vuestros soldados?
¿pensais que sus vulgares corazones
que no desean ya sino el descanso
despues de una derrota, y una fuga
quieran ahora pasar à Cielo estraño
à buscar una muerte desastrada?
¿si son vencidos en el suelo patrio
podrán resistir mas en suelo ageno
de un vencedor furioso los asaltos?
¿acaso les será este menos fiero,
quando en el patrio muro esté cerrado,
y combata à la vista de sus lares?
decir tambien que os solicita el Parto,
y os ha pedido un hijo para yerno:
¿pero este Parto que era nuestro aliado,
quando todos estaban por nosotros;
se dignará, Señor, de hacerse cargo
de un yerno sin apoyo? ¿iré yo mismo
à presentarme humilde y consternado,
hecho el oprobrio de la suerte injusta
á probar la constancia de los partos,
y tal vez à exponer poco prudente
por fruto de un designio aventurado
vuestro nombre al desprecio de su Corte?
y por fin, si ceder es necesario,
si contra el uso nuestro es ya preciso
del ruego à la bajeza sujetarnos,
sin que yo vaya à suplicar humilde,
y sin que vos, Señor, à Soberanos
menos grandes que vos pidais socorros,
¿no tendremos caminos mas honrados?
busquemos à los mismos vencedores,
vamonos à arrojar entre los brazos,
que con gusto, y abiertos nos esperan:
los furores de Roma apaciguados
facilmente podrán::-

Xif. Cielos, de Roma?
¿qué es lo que proponeis, querido hermano?
¿quereis que el Rey se abata y envilezca,
que desmienta en un dia todo el lauro
de su gloriosa vida: que se fie

de

de los injuftos pérfidos Romanos,
y que reciba un yugo vergonzoso,
de que por ocho luftros continuados
à los Reyes de Afia ha defendido?
no Señor, continuad, que aunque del hado
fentis todo el rigor, vueftra efperanza
vencerá de la guerra los acafos.
Roma perfigue en vos à un enemigo,
para ella mas fatal, de mayor daño
que lo ha fido Anibal, ni fuera cuerdo
eftando con fu fangre falpicado,
efperar de fu aleve tirania
mas que falfos y pérfidos engaños.
Mas, Señor, no es razon que à otros peligros
vuelva à exponerfe vueftro heroico brazo:
vos no debeis correr de clima en clima,
ni à fus varias naciones ir moftrando
al grande Mithridates ya vencido;
fi tardanza, Señor, debeis vengaros;
quemad el Capitolio, y en cenizas
ponga à Roma voráz fuego incendiario.
Pero mandad que lleven aquel fuego
otras manos mas jovenes; y en tanto
que à Pharnace tendrá ocupado el Afia;
honradme à mi, Señor, con efte cargo:
vueftras ordenes dad, y permitidnos
q̃ de vueftro alto nombre acompañados
hagamos ver que fomos vueftros hijos:
dignaos de enviar por nueftras manos
efte incendio que abrafe à todo el mundo:
y fin falir del Bosforo en que eftamos
ocupad la extenfion del Univerfo:
que eftrechos y oprimidos los Romanos
defde un extremo al otro de la tierra,
fiempre con vueftras armas fatigados
no fepan donde eftais, y fiempre os hallen:
fi lo mandais, en efte inftante parto::
las razones que deben deteneros
à mi impeler me deben; y fi acafo
excede à mi valor tan alta emprefa
conviene à mi defpecho: quiera el hado
que afi configa el fin de mis dolores.
Yo iré; yo borraré con efte brazo
la culpa de mi madre: aqui me pongo,
Señor, à vueftros pies avergonzado
de mirarme hijo indigno de tal padre;
lavar debe mi fangre el vil reato
de tan odiofa mancha: mas yo bufco
una muerte que firva à vueftro lauro:
y Roma eftá mejor, mas digna tumba
para un hijo defeofo de imitaros.

Mit. No hablemos, hijo, mas de los delitos
de una madre traidora que he olvidado:
de ti eftoi fatisfecho: sé tu zelo,
ni puedes padecer algun quebranto
que no padezca yo; ven tu conmigo,
porque ya nada debe feepararnos:
tu Pharnace difponte à obedecerme:
los navios te quedan efperando,
y el fequito que debe acompañarte.
Arbate irá contigo, y le he mandado,
que de todo me informe por extenfo:
anda pues, hijo, y fiempre recordando
el honor de tus inclitos abuelos:
por defpedida ven: dame los brazos.

Pharn. Señor.

Mit. Ya oifteis lo que tengo dicho;
obedece, Pharnace: no mi labio
te repita las cofas muchas veces.

Pharn. Si fuera menefter para agradaros,
me veriais mas firme que ninguno
à la muerte correr precipitado:
permitidme à lo menos que yo muera,
Señor, à vueftros ojos peleando.

Mit. Ya te ha dicho mi voz que partas luego,
y pafando efte inftante::- vé volando:
fi me replicas mas eftás perdido.

Pharn. Señor, aun que ya viera preparados
mil terribles fuplicios no pudiera
refolverme à partir, ni à dár la mano
à una muger que nunca he conocido:
en lo demás à todo refignado::-

Mit. Ah vil! aqui mi faña te efperaba:
tu no puedes partir? pérfido! ingrato!
ya te entiendo, y conozco las razones
porque eftás la partida reufando.

¿Sientes abandonar tu vil conquista?
Monima te detiene; y tu malvado;
tu delinquente amor, vil pretendia
quitarmela à mi mismo de los brazos.
Ni el ardor con que sabes que la adoro,
ni este sagrado asilo en que la guardo,
ni mi corona ya en su frente puesta,
ni en fin de mis furores el estrago
han podido traidor intimidarte:
vil! infame! tus pérfidos contratos
con el Romano no te han parecido
bastante prueba de tu desacato.
Has querido tambien juntar ahora
este barbaro amor, amor insano
para ser el oprobio de mis dias.
Lejos de arrepentirte estoi mirando
en tu pérfido rostro mil señales,
que mas que tu rubor muestran tu enfado;
y ya quisieras irte por perderme,
y entregarme traidor à los Romanos:
pero antes de partirme haré justicia.

SCENA II.

Mithridates, Pharnace, Jifarés y Guardias.

Mit. Ola, Guardias, prendedle, y custodiadlo
en una obscura torre, que de vista
nunca puedan perderle mis soldados.
Pharn. Y bien, Señor, sin afectar ahora
una falsa inocencia, yo os declaro
el que mi amor merece vuestra saña:
yo la adoro, es verdad, yo la idolatro,
y os dieron de mi amor aviso cierto:
mas todo Jifarés no os lo ha contado:
esa es la menor parte de un secreto
que pudo descubriros su fiel labio:
debió decir tambien que él igualmente
sintiendo el propio ardor, ha tiempo largo
que ama à la Reyna, y es correspondido.

*** *** ***

SCENA III.

Mithridates y Jifarés.

Jif. Señor, creereis de mi que tan osado
sea mi amante afecto:-
Mit. No, hijo mio;
ya conozco el vil genio de tu hermano;
el Cielo me preserve, de que nunca
pueda yo sospechar que tan mal pago
quieras dár à mis muchos beneficios;
que un hijo que fué siempre el dulce encanto,
el placer de mi vida ahora traspase
el corazon que un padre le ha confiado.
No, yo no lo creeré: anda pues, hijo,
preparate à seguirme, que ya parto.

SCENA IV.

Mithridates solo.

Mit. No, yo no lo creeré? ¡vana esperanza
que lisonjearme quiere! ¡demasiado
lo creen tus zelos, triste Mithridates!
Jifarés mi rival! ¡y á sus halagos
corresponde la Reyna! asi me engañan!
qué es esto Santo Dios! ¿por todos lados
veré que para mi desaparecen
el honor, y la fé de los humanos?
en otras partes todo me abandona,
¿y aqui me hace traicion quanto yo amo?
Pharnace, mis Amigos, mi querida,
y aquel hijo tambien? ¿el hijo amado
cuya virtud sublime consolaba
mi misero infortunio? pero qué hablo!
¿no conozco yo al pérfido Pharnace?
¿qué imprudencia es la mia? debo acaso
dár fé tan de ligero á este furioso
que tiene vil envidia de su hermano,
y que ya despechado fingir quiere
que hay otros reos por ponerse en salvo?
No, no creamos nada. Examinemos,
y miremoslo todo muy despacio.
Mas como he de empezar? ¿quien podrá darme

para instruirme los medios necesarios?
què testigos? què indicios? ò que pruebas
me pueden alumbrar en este caso?
ahora me inspira el Cielo un artificio.
Que se llame à la Reyna: de su labio
lo pretendo saber: este testigo
es el mejor; que un pecho enamorado
cree facilmente aquello que le adula.
¿Quien mejor que la ingrata de mi agravio
me puede luces dar? pues que ella misma
me descubra engañada à este malvado,
y si de mi no es digno este artificio,
à lo menos lo es de ellos: seamos falsos
con quien traicion nos hace tan horrible,
que para descubrir su infame trato,
medio no debe haber... pero ya viene;
finjamos, y su pecho lisonjeando
con agradables falsas esperanzas,
con una astucia la verdad sepamos.

SCENA V.

Mithridates y Monima.

Mit. Señora, ya mis ojos se han abierto,
y me hago mas justicia: veo claro
que es haceros un triste sacrificio
el querer presentaros por mi mano
toda la edad, y todas las desgracias
que mi suerte infelice va arrastrando.
Otra vez la fortuna y las victorias
podian ocultar mi pelo cano,
con el claro explendor de mis coronas;
pero pasó ese tiempo, y se ha mudado.
Era entonces Monarca victorioso,
y ahora estoy fugitivo. De mis años
ya el numero es mayor, y mi semblante
de tanta real diadema despojado,
dexa ver sin estorvo los ultrajes
del tiempo que lo ha ido marchitando.
Por otra parte mil designios graves
ocupan mi atencion. Ya de mi campo
escuchais el rumor, con que veloces
están nuestra partida procurando.
De mis navios he salido apenas,
y es fuerza que otra vez vuelva à ocuparlos;
¡qué tiempo tan impropio el de una fuga
para hacer una boda! y como osado
pretender os unais à mi destino,
quando muertes y guerra estoi buscando!
Mas, Señora, es preciso que en Pharnace
no vuelva ya à pensar vuestro cuydado:
quando yo mismo à la razon me rindo,
que cada uno se rinda es necesario.
Y no quiero que un hijo aborrecido,
que poco ha para siempre he desterrado,
logrando aqueste amor de que me privo,
os haga ser aliada del Romano.
Mi trono os he debido, lo conozco;
y lexos de que de él quiera privaros,
à él os haré subir antes que parta,
si os dignais de aceptar otra fiel mano,
si consentis que un hijo objeto digno
de mi amor, mas ferviente y empeñado,
que Jifarés en fin ser consiguiendo
vuestro esposo, me vengue de su hermano,
y à mi tambien con vos me desempeñe.
Mon. Quièn? Jifarés, Señor?
Mit. Si; mi hijo amado.
¿Porque os turbais al escuchar su nombre?
¿hallais que mi designio sea estraño?
¿por ventura lo veis con algun odio?
què no podeis vencer? pues yo os declaro,
que Jifarés es otro Mithridates,
que es un hijo sumiso à quien yo amo,
de Roma el enemigo mas terrible,
heredero y apoyo de este estado,
y de un ilustre nombre que en él nace,
asi à pesar de los intentos vagos,
que lisonjear à vuestro amor pretendan;
yo no os puedo poner en otras manos.
Mon. O Cielos! què decis? será posible
que querais permitir... pero què hago?

¿porque quereis, Señor, asi probarme?
tened piedad; no deis tormento tanto
à una infeliz muger: yo sé que solo
el Cielo para vos me ha destinado,
que la victima espera en los altares,
y debe unirnos un eterno lazo.
Asi vamos, Señor.

Mit. En fin ya veo
que à pesar de la fuerza que me hago,
os quereis conservar para Pharnace,
y que el odio cruel, odio tirano,
conque me vé vuestra alma, por el padre
está tambien al hijo detestando.

Mon. Yo lo detexto? ò Dios!

Mit. Pues bien, Señora,
à hablar en el asunto no volvamos;
seguid ardiendo en tan indigna llama;
que Jifarés y yo luego nos vamos
à buscar en los terminos del mundo
una gloriosa muerte. Vos en tanto
quedaos con Pharnace en este sitio,
y vendedle tambien à los Romanos,
de vuestro padre la infelice sangre,
que yo no puedo mas castigo daros;
y asi sin cuidar mas de nuestra gloria,
à vos misma resuelvo abandonaros,
y si puedo, poneros en olvido.
Vamos, Señora, pues, porque casaros
quiero en este momento con Pharnace.

Mon. Primero me castigue el Cielo airado
con mil horribles y espantosas muertes.

Mit. Ya eso es inutil: resistis en vano,
pues que conozco el disimulo vuestro.

Mon. ¡A què dificil y terrible paso
me reducis, Señor! mas finalmente
quiere mi buena fé credito daros:
ni puedo imaginar que tanto tiempo
deba forzarse un grande Soberano
à fingir de este modo: el Cielo sabe
que sin mas ambicion que el agradaros;
mi alma estaba à su suerte abandonada,
y si alguna flaqueza habia logrado
inquietar mi virtud, no era Pharnace
el que podia merecer mi llanto.
Ese hijo sometido y victorioso
que vos favoreceis, ese traslado,
tan parecida imagen de su padre,
ese ardiente enemigo del Romano,
ese otro Mithridates, finalmente
el mismo Jifarés que vuestro labio
pretende persuadirme àque yo le ame;

Mit. ¿Y bien le amais?

Mon. Señor, quando los hados
no me hubieran piadosos sometido
à vuestro solo Imperio Soberano,
me creyera felize, si mi esposo
me fuera permitido apellidarlo:
antes que vuestro amor me remitiese
esta real Diadema ya inflamados
nosotros en amor: ¿pero que es esto,
Señor? ¿vuestro semblante se ha alterado?

Mit. No, Señora. Está bien; haré que en breve
à veros vaya, y ahora es necesario
no perder un instante. Ya dispuesta
os veo à obedecer este mandato,
y esto solo me basta: estoi contento.

Mon. Divino Cielo! me habré yo engañado?

SCENA VI.

Mithridates.

Mit. Ellos se amaban? perfidos traidores!
vé aqui como de mi se están burlando.
Pero hijo, ingrato y vil, hijo alevoso!
yo daré à tu traicion un digno pago;
tu morirás. No ignoro que tu fama
y tus falsas virtudes han logrado
mis tropas seducir; pero no importa:
mis golpes sabrán ir bien acertados;
haré que de aqui partan tus sequaces
valiendome de algun pretexto falso,
y que solo me queden tropas fieles:
vamos pues, y con artes ocultando
mi justa indignacion, disimulemos
del mismo modo que hemos empezado.

*** *** ***
*** ***
***

ACTO IV.

SCENA I.

Monima y Phedima.

Mon. Phedima mia, en nombre de los Dioses
ház lo que te he pedido: vé allá fuera
à saber lo que pasa, y vuelve presto.
Yo no sé, pero mi alma siempre inquieta,
no puede sosegar, y me destrozan
este pecho infeliz muchas sospechas.
¡Quanto el Principe tarda! ¿porque ahora
no viene à verme, quando ya tolera
sus deseos el padre? este me dixo
al tiempo de partir que à mi presencia
haria que viniese en un momento.
Pero quizá ha fingido, y yo debiera
ocultarselo todo... mas que digo?...
el Rey ahora fingiendo?... ¡y yo indiscreta
descubriendo mi oculto pensamiento!
Dioses! ¿será verdad lo que recela
mi triste corazon? ¿será posible
que mi pasion muy facil y ligera
haya podido torpe, è importuna,
sacrificar mi amante à su violencia?
¡ay Principe querido! quando ardiendo
en la llama mas pura, en la mas bella,
querias arrancarme mi secreto,
le he sabido ocultar con entereza,
¿y ahora que tu padre cauteloso
porque ya desconfiado cruel me prueba,
ahora que tu vida está en peligro,
yo le descubro facil mi terneza?
¿yo me dexo engañar credulamente?
¿y paraque su furia mejor viera
con mi mano tu pecho le señalo?
Phed. Ah! no le hagais, Señora, tanta ofensa:
¿un Rey tan grande puede envilecerse
descendiendo à tan perfida bajeza?
¿como él fuera à fingir tan vil engaño?
él mismo vió que ya pronta y dispuesta
le ibas acompañando à los altares.
Ni à un hijo à quien estima con terneza,
querrá perder tirano; los efectos
corresponden ahora à las promesas.
El os dijo, Señora, que un designio
muy grave le obligaba à que por fuerza
se ausentase de vos por la mañana,
sin duda esto le ocupa, y ahora abrevia
los aprestos del viaje que apresura,
y que en la playa por si mismo ordena;
dispone que se embarquen sus soldados,
y Jifarés le ayuda en sus faenas:
¿es esta la conducta de un furioso,
de un rival enemigo que desea
vengarse de los dos? ¿en esto hai algo
que desmentir à sus discursos pueda?
Mon. Pero Pharnace todavia preso.
En él halla el rigor y la dureza
de un furioso rival: ¿crees tu, Phedima
que trate à Jifarés de otra manera?
Phed. En Pharnace, Señora, no castiga
sino la infame perfida cautela,
con que es traidor sequaz de los Romanos,
sin que parte el amor en esto tenga.
Mon. Amiga, yo me rindo à tus razones,
ellas calman un poco la tormenta
que mi pecho padece, mas con todo
Jifarés aun no viene à mi presencia.
Phed. Vano error de los miseros amantes,
que llenos de su amor y su terneza,
quieren que todo ceda á sus placeres,
y encendiendose en colera violenta
al estorvo menor...
Mon. Pero Phedima!
¿quien podrá concebir esta estrañeza?
que, ¿despues de dos años de congoxas,
de disgustos y de ansias tan severas,
por la primera vez respirar puedo?
que, Jifarés? ¿será verdad que sea
ya tuya para siempre? ¿y sin el susto
de que tu vida con mi amor se arriesga?
mi virtud y la tuya aprobar pueden
este amor que ha sufrido tantas penas,

y ya podré por fin siempre decirte
quanto te adora mi pasion extrema:
¿pero porque motivo tardas tanto?

SCENA II.

Monima, Jifarés y Phedima.

Mon. Señor, de vos hablaba, pues que inquieta
deseaba que vinieseis por deciros...
Jif. Y yo, Señora, por la vez postrera,
me vengo à despedir.
Mon. A despediros?
Jif. Y para siempre. El hado asi lo ordena.
Mon. ¿Què es lo que oigo? poco ha que me decian...
pero ay! temo que todo engaño sea.
Jif. Yo no sè que enemigo descubriendo
de nuestras almas la pasion secreta
nos vendió, y me ha perdido. El Rey que solo
de Pharnace tenia las sospechas,
sabe ya quanto pasa entre nosotros:
el finge, me acaricia y lisongea,
pero yo que criado de continuo,
y desde mi niñez le he estado cerca;
conozco sus internos movimientos,
ya en sus ojos he visto su violencia;
él se apresura, y hace diligente
partir à mis parciales, que pudieran
excitar un tumulto por mi causa,
y lo que mas à mi animo consterna,
fué una palabra que me dixo Arbate.
Este amigo en secreto à mi se llega,
y me dice: Señor, todo se sabe;
procuraos salvar con diligencia:
me hace temblar discurso tan terrible,
por el peligro de mi amable Reyna,
y por esto he venido à suplicaros
que cedais al destino por vos mesma.
Aqui estais dependiendo de una dura,
de una violenta mano, à quien no arredra
la sangre mas querida: ay! yo no puedo
deciros á que extremo de fiereza
arrebatan los zelos á mi padre:
permita el Cielo que de su ira ciega
yo sea objeto solo, y que contento,
con hacerme morir juraros quiera:
dignaos de admitir este consejo:
no le irriteis con esquiveces nuevas:
quanto menos le amais, es necesario
que mas se esfuerze vuestra complacencia:
violentaos; pensad en que es mi padre,
y vivid venturosa, que no anhela
mi corazon sino á que mi desgracia,
solo os pueda costar lagrimas tiernas.
Mon. Ay Principe infeliz! yo soi la causa...
Jif. No os imputeis, magnanima Princesa,
el barbaro destino que me oprime
con ira tan tenáz y tan violenta.
Yo soi un desgraciado á quien persigue
una suerte infeliz, que siempre terca
la amistad de mi padre me ha robado,
que lo ha hecho mi rival, y quien severa
me ha sucitado un enemigo oculto,
que descubriendo nuestro amor nos pierda.
Mon. Y que, ¿no conoceis al enemigo
que nos ha descubierto?
Jif. Porque crezca
mi tirano dolor, no le conozco:
pues yo me consolára si pudiera
antes de fallecer traspasar fiero
el corazon infame, la vil lengua
que nos hizo traicion tan detestable.
Mon. Pues bien, Señor, es justo que yo mesma
os lo haga conocer: no esté buscando
ese vil corazon vuestra impaciencia:
el mio traspasad: ningun respeto
os debe detener: yo soi la rea,
yo soi ese enemigo; y á mi sola
debe el castigo dar la saña vuestra.
Jif. Què decis?
Mon. Ay Señor, si hubierais visto
con que arte seductor, con que destreza
vuestro padre à mi amor ha sorprendido;
¡qué amistad tan ferviente y tan sincera

su-

supo por vos fingir! como me dixo
que su alma quedaria mui contenta
si pudiera por fin veros mi esposo:
¿quien no lo hubiera creído? quien no hubiera...
pero no: que mi amor mas advertido
no debia fiarse en la cautela
de su bondad aleve y engañosa.
Los Dioses que me vieron con clemencia,
y que yo entendí mal, con sus avisos
tres veces contubieron à mi lengua:
yo debia seguir del mismo modo,
yo debia prudente y circunspecta...
que se yo? finalmente yo debia
seros menos fatal, menos funesta;
mi cruel facilidad os ha perdido,
y quando vos me perdoneis la ofensa,
yo sabré rigorosa castigarme.

Jif. Què, Señora, sois vos? vuestra fineza
es la que me descubre: vuestro afecto,
nuestro amante secreto manifiesta,
¿y os disculpais de hacerme tan felice?
mi alma llena de amor, de gloria llena,
irá à morir sabiendo consolada
que os guia al solio suerte mas risueña.
Haced pues voluntario este himeneo,
y elevaos al trono que os espera.

Mon. ¿Y vos me aconsejais que me despose
con un tirano que mi muerte ordena?

Jif. Hoi mismo à sus deseos sometida,
ibais à ser su esposa, mui resuelta
à no volverme à ver.

Mon. Si, pero entonces
no conoci sus perfidas cautelas:
¿quisierais que despues de haberos visto
hecho despojo de su saña fiera,
yo siguiese à ese monstruo à los altares?
¿y que mi triste mano à poner fuera
en su mano cruel que todavia
viera teñida con la sangre vuestra?
dexad eso, Señor, y cuidad solo
de evitar de sus iras la violencia
sin perder aqui el tiempo en persuadirme:
el partido que mi alma tomar deba
me lo sabrá inspirar piadoso el Cielo.
Ydos pues: que el tirano no os sorprenda
conmigo... mas què escucho? gente viene;
salid presto, corred, y no resuelva
vuestro amor sin saber de mi destino.

SCENA III.

Monima y Phedima.

Phed. De què riesgo, Señora, ha estado cerca!
el Rey es el que viene.

Mon. Anda, Phedima,
anda à ayudarle, y que ninguno vea
que ha salido de aqui: no le abandones,
y dile, amiga, tu, que hasta que sepa
de mi suerte, no ordene de la suya.

SCENA IV.

Mithridates y Monima.

Mit. Vamos, Señora, vamos con presteza,
que debe apresurarse mi partida,
y en tanto que mis tropas ya dispuestas
à seguir à su Rey en mis navios,
embarcandose van con diligencia;
venid vos al altar que ya os aguarda,
donde cumpliendo todas mis promesas
nos ate al fin amor con lazo eterno.

Mon. ¿A nosotros, Señor?

Mit. ¿Y què estrañeza
os debe eso causar?

Mon. ¿Pero ahora poco
no me ha explicado vuestra boca mesma,
que no pensase mas en esta boda?

Mit. Tube entonces razones que ya cesan.
Asi solo mirád que vuestra mano
es mia, y de mi amor debida prenda.

Mon. Pues Señor, ¿paraque me la habeis vuelto?

Mit. Y que, siempre obstinada, siempre terca

en el indigno amor de un hijo ingrato.
Mon. No es poſible, Señor, que lo comprehenda;
¿por ventura me hubierais engañado?
Mit. ¿Y cómo vos me hablais de eſa manera?
vos que infieles favores fomentando,
quando os elevo à la mayor grandeza
me pagais eſta accion con prepararme
la traícion mas infame, y la mas negra
alma perjura y falſa, conjurada
contra mi gloria mas que Roma entera.
Que, ¿ya no haceis memoria de que altura
ha dignado bajarſe mi terneza
para elevaros à un ſublime trono
que vueſtra viſta deslumbrar debiera?
no me mireis, ingrata, ſolamente
como ahora eſtoi ſin Reynos, ni riquezas;
vedme como antes grande y reſpetado.
Acordaos del anſia y paſion tierna,
con que en Epheſo os quiſe, y como ſupe
poner à vueſtros pies muchasDiademas.
Ah, tirana! ſi os hizo deſde entonces
inſenſible á mi amor y à mis promeſas,
otro amor mas feliz, ¿porque motivo
aceptaſteis benigna mis ofertas?
¿porque antes de partir habeis callado?
¿eſperabais acaſo que no hubiera
mas que à vos que pudiera conſolarme,
y quando quiero que en ſus ſombras negras
el olvido ſepulte eſtas injurias,
quando intentó ocultarme eſta funeſta
y doloroſa imagen, ¿vos altiva
venis à recordarme mi verguenza?
¿vos me acuſais, y ſoi el ofendido?
pero ya viendo eſtoi que os liſongea
una loca eſperanza todavia.
Santo Cielo! à què extremo de miſeria
me reduces: ¿què encanto ha detenido
mi indignacion, que ſiempre es tan ſevera
tan rapida y feroz en el caſtigo?
Señora, aprovechad de la clemencia
que os ofrece mi amor: al altar vamos,
que ya os lo digo por la vez poſtrera;
No os expongais à inutiles peligros
por un hijo inſolente. Y eſtad cierta
no volverá à ponerſe à vueſtra viſta.
Aſi ſin obſtinaros tan proterva
en guardarle una fé que me es debida;
ſu memoria olvidad: y el alma vueſtra
ſenſible ſolamente al amor mio,
merezca ya el perdon de tanta ofenſa.
Mon. Yo no olvido, Señor, quantos motivos
de fé, de gratitud, de reverencia
me deben ſugetar à vueſtras leyes:
que aunque otras veces hayan con Diademas
iluſtrado ſus ſienes mis abuelos,
eſta gloria de mi tanto ſe aleja,
que ya no alcanza à deslumbrar mis ojos,
y yo no ſalgo de mi juſta eſphera.
Me acuerdo con reſpeto quan diſtante
he nacido, Señor, de las grandezas
que eſte iluſtre himeneo me ofrecia:
y à peſar de mi amor y las primeras
ideas que formé à favor de un hijo,
que deſpues de ſu padre, à quien reſpeta,
es el mayor de todos los humanos;
deſde aquel dia en que por orden vueſtra,
en mi frente ſe puſo eſta real vanda,
al Principe y à mi renuncie auſtera.
En el deſignio de ſacrificaros
convenimos los dos de inteligencia,
y por mi orden diſtante de mis ojos
à olvidarme corria con preſteza:
nueſtro ferviente amor iba à extinguirſe
del olvido en las ſombras mas ſecretas
Aun yo miſma quejarme no debia
de mi ſuerte, que al fin menos adverſa
à coſta de mi amor toda la dicha
de un heroe como vos hacer pudiera.
Vos ſolo ſois, Señor, vos ſois el ſolo
que me apartó deſpues de eſta obediencia
en que ya mi virtud eſtaba fixa;
y eſe fatal amor de quien hubiera
triunfado mi razon; eſta cruel llama
que

que yo tenia ya casi deshecha,
à cuya causa se iba para siempre
à separar de mi; vuestra cautela
la supo descubrir, ò convencerme.
Ya llegué à confesarla: y obtenerla
le es preciso à mi honor. Vos, Señor, nunca
la podreis olvidar, y la verguenza
de haberos descubierto el amor mio
jamás se apartará de mis ideas.
Yo me figuraré que estais incierto
de mi fé y de mi amor, y menos fiera
es para mi la tumba que la mano
de un esposo que me hizo tal ofensa,
que sobre mi ha usurpado artificioso
esta ventaja barbara y funesta,
y que por fin avergonzarme hizo
de un fuego amante que por él no era.

Mit. ¿Esto me respondeis? ¿tan obstinada
resistis à mi ardor y mis finezas?
pensadlo bien, Señora: solo aguardo
para determinarme esta respuesta.

Mon. No Señor, no penseis q̃ vuestras iras
espantarme podrán: ya estoi resuelta;
os conozco mui bien: tampoco ignoro
què terrible desgracia, què tormenta,
dispongo contra mi: pero qué importa?
ya preparada estoi à su violencia,
y nada podrá hacer que yo vacile.
Juzgadlo vos, Señor, pues sin reserva
me atrevo ya à explicarme de este modo
excediendo el confin de la modestia:
vos os habeis servido de mi mano
para clavar con furia mui sangrienta
un puñal en el seno de vuestro hijo:
y quando él otra cosa no perdiera
que el amor de su padre, moriria:
mi mano y fé, Señor, como yo pueda,
no serán premio de tan vil engaño.
Ya sabeis lo que firme mi alma piensa:
vos podeis castigarme à vuestro gusto:
armaos del poder y de la fuerza
que teneis sobre mi; que yo entre tanto
voi à esperar tranquila mi sentencia;
pero antes de que parta, permitidme
que os diga que es justicia, y debo hacerla
al honor y virtud que por si sola
se ha decidido mi alma à lo que intenta:
que complice no tiene, y que sin duda
vuestra pasion quedára satisfecha,
si atendiera los ruegos de vuestro hijo.

SCENA V.

Mithridates solo.

Mit. Escuchad: ¡mas la perfida me dexa!
¿y yo consiento vil en que se vaya,
pareciendo que apruebo su insolencia?
¿cómo la ingrata sabe seducirme?
¿cómo hasta mi constancia titubea,
pues parece que dentro de mi pecho
mi corazon à su crueldad condena?
què es esto? soi yo mismo? ¿ella es Monima
y yo soi Mithridates? no, no vea
mas amor, mas perdon aquella ingrata:
mi colera renace, y ya comienzan
otra vez los furores de mi pecho.
Que tres ingratos viles luego sean
despojo de mi furia: voi à Roma,
y con su sangre perfida y perversa,
debo hacerme propicios à los Dioses,
lo debo y puedo hacer. Ya no hai quien pueda
defenderlos aqui, pues sus parciales
por mi orden de esta orilla ya se alejan,
y el campo queda libre à mis furores:
vamos pues, y con rapida presteza
por Jifarés empieze mi venganza...
ea, rigor, por Jifarés empieza.
¿Mas qual es tu furor? à quien? ¿à tu hijo?
à un hijo cuyo nombre à Roma aterra,
cuyo valor vengar puede à su padre!
ah! ¿por que ha de verter mi mano fiera
una sangre que me es tan necesaria?
que, ¿me ha dexado mi fortuna adversa
tantos amigos que tan facilmente
los quiera yo perder? no, no se pierda,
antes ganemos toda su confianza;
que ahora necesita mi fiereza
de un vengador y no de una querida:

y ya que es fuerza que me prive de ella;
¿no feria mejor que al hijo folo
que tanto he menefter fe la cediera?
cedamofela, fi... vanos esfuerzos
de un debil corazon que fu flaqueza
eftá fintiendo el proprio, y que procura
deslumbrarfe en lo mifmo que recela.
Yo la amo, yo la adoro, y mui dif-
tante
de quererla ceder... ay! efta es nueva
culpa de que pretendo caftigarla:
mi efclava hafta aqui con indecencia
de efta pafion infame fué mi gloria:
afi me determino à que ella muera,
pero fola; y el hijo me acompañe.
Con un poco que tenga de firmeza
caftigo fu defprecio, y me afeguro
de no tener ya nunca que temerla.
¿Mas que necia piedad pretende ahora
moderar el furor de mi violencia?
¿no foi el que otras veces inhumano
ha caftigado culpas mas ligeras?
ah! Monima cruel! hijo alevofo!
¡que inutiles furores que me cercan!
y vofotros Romanos mui dichofos
¡que triunfo para vos fi mi verguenza
os fuera conocida! ¿fi un avifo
os pudiera llevar noticia cierta
de mis internos barbaros combates?
que, temerofo yo de las cautelas
hafta de mis amigos fupe armarme
contra toda ponzoña con deftreza?
Con una larga y trabajofa induftria
he burlado por fin lograr la fuerza
del mas fiero mortifero veneno:
y ahora debil... pero, ah mas me valiera
haberme armado cauto contra el riefgo
de una pafion amable y halagueña,
fin dexar encender en fus ardores
à un trifte corazon à quien ya yela
el torpe frio de fus muchos años!
¿cómo podré falir de efta funefta
y obfcura turbacion? Cielos Divinos!

SCENA VI.

Mithridates y Arbates.

Arb. Ay Señor! vueftras tropas fe rebelan,
y no quieren parar porque Pharnace
les ha dicho que ahora nueva guerra
vais en Roma à bufcar.
Mit. Pharnace? Diofes!
Arb. El fedujo à fu guardia la primera.
Solo el nombre de Roma atemoriza
à los mas valerofos. Ellos piensan
ir à peligros fieros y efpantofos:
los unos con fervor befan la tierra,
y los que caminaban à embarcarfe,
ò á las ondas intrepidos fe entregan,
ò prefentan fus dardos atrevidos
à quien quiere impedirlos que fe vuel-
van;
todo eftá en un deforden lamentable,
todos claman por paz, todos fe alteran,
y hacen mil amenazas de rendirfe.
Pharnace eftá, Señor, á fu cabeza,
y ofreciendo la paz por los Romanos
los defeos del pueblo lifongea.
Mit. Ah perfido traidor! ve, corre prefto,
que llamen á fu hermano; que aqui
venga
de fu padre al focorro.
Arb. Yo le è vifto,
que á la orilla con impetu fe acerca,
y fe dice que yendo acompañado
de fus parciales, en el medio fe entra
de los mifmos rebeldes.
Mit. Què oigo, Cielos!
malvados! mi venganza ha eftado lenta,
pero no os temo no, los rebelados
no podrán refiftir á mi prefencia.
No quiero mas que verlos: quiero folo
facrificar alli á fu vifta mefma
á dos perfidos hijos por mi mano.

SCENA VII.

Mithridates, Arbates y Arcas.

Arc. Señor, falvaos, porque yá acá llegan
los rebeldes, Pharnace y los Romanos.
Mit. Los Romanos, què dices?
Arc. Què cubierta
eftá de ellos la playa, y mui en breve
vereis que en eftos muros os afedian.
Mit. Cielos!.. vamos.. efcucha.. de mi ruina
no lograrás gozar, desleal Princefa.

AC-

ACTO V.

SCENA I.

Monima y Phedima.

Phed. Señora, donde vais? ¿què loca rabia,
que despecho feroz y delinquente
arma vuestro furor contra vos misma?
¿vuestra barbarie es tanta que pretende
cortar tan bella vida? ¿y ha podido
hacer de esa Diadema un lazo aleve?
¿no veis como los Dioses mas piadosos
indignados de accion tan inclemente,
os han roto esa vanda entre las manos?

Mon. ¿Porque tu misma mas cruel mil veces
pretendes que mantenga con porfia
una vida que es fuerza que deteste?
Jifarés ya murió, y el Rey no espera
otro remedio en males tan urgentes
que una muerte segura: ¿pues què fruto
tus barbaras piedades se prometen?
¿deseas entregarme al vil Pharnace?

Phed. Esperád por lo menos à que lleguen
noticias mas seguras que os informen
mejor de Jifarés y de su suerte.
En esta confusion, en el tumulto
que acabamos de ver, decid, ¿no pueden
facilmente los ojos engañarse?
no à mucho que se oyó publicamente
que estaba con el campo sedicioso,
y ahora diciendo están, que los rebeldes
contra él han vuelto sus feroces armas.
¿Qué credito, que fé darseles puede
à estos discursos entre sí contrarios?
juzgad de uno por otro: mui en breve...

Mon. No: Jifarés no vive. No lo dudes,
el infeliz suceso no desmiente
à mis funestos tragicos temores;
aun quando la noticia no supiese
yo creyera que ha muerto, y me persuaden
pruebas seguras: su valor ardiente,
su despecho, y en fin su ilustre nombre,
que era de los Romanos terror fuerte.
¿Cómo Roma sedienta de su sangre
segura la victoria ahora tiene?
¿qué enemigo tan inclito y terrible,
en su valiente brazo iba à oponerse?
¿pero tu, desdichada, tu inhumana,
tu muger infeliz à hablar te atreves?
¿no estás viendo si acaso ver lo quieres,
que son delitos tuyos sus desgracias?
de quantos asesinos inclementes
lo ha cercado mi error, ¿cómo podia
libertarse jamás de tanto aleve?
quando hubiera evitado à los Romanos
y à su hermano, mis labios imprudentes
¿no excitaron las iras de su padre?
yo fuí la que avivando fatal sierpe
el incendio funesto de los zelos
entre el padre y el hijo, supe hacerme
tizon de la discordia: fatal ruína,
que el genio tutelar que à Roma atiende
ha fomentado en mi para su gloria:
y qué? ¿rea, Monima, vivir puedes?
¿esperas por ventura à que Pharnace
en la sangre infeliz de ambos se cebe,
que seguido despues de los Romanos
venga à manifestarte sus placeres,
su parricida y perfida alegria?
ah! no, que los tormentos mas crueles
primero me destrocen: sí, tirana,
en vano tu importuna amistad quiere *à Phedima.*
cerrarme de la tumba los caminos
que aun en tus brazos hallaria la muerte...
Y tu fatal tegido cruel Diadema,
instrumento y testigo permanente
de mis miseros males; vanda horrible,
que en lagrimas amargas tantas veces
han bañado mis ojos, ¿no podias

haberme hecho ſiquiera el indulgente
oficio triſte de acabar mi vida ?
anda lazo fatal, no te preſentes
otra vez à mi viſta, que otras armas
ſin tu auxilio vendrán à ſocorrerme.
Y perezca aquel dia deſdichado,
perezca la cruel mano que en mi frente
vino à ceñirte por la vez primera.

Phed. Arcas llega, Señora; al Cielo plegue
que venga à diſipar vueſtros temores.

SCENA II.

Monima, Phedima y Arcas.

Mon. Conque todo por fin, Arcas, ſe pierde,
y el tirano Pharnace ya...

Arc. Señora,
yo no puedo decir lo que ſucede:
aqui vengo encargado de un oficio
el mas cruel: eſte veneno debe
explicaros del Rey las intenciones.

Phed. ¡Deſdichada Princeſa!

Mon. Dulce ſuerte!
damelo Arcas, y al Rey di de mi parte,
que haſta ahora de todos los preſentes
que me ha hecho ſu bondad, eſte à mi guſto
el mas precioſo y util le parece:
al fin reſpiro. El Cielo me redime
de los ſocorros barbaros y crueles
que à vivir me forzaban; ahora dexa
que arbitrie ſobre mi, y al fin conſiente
que ya que no diſpute de mi vida
diſponga por lo menos de mi muerte.

Phed. ¡Santos Dioſes, piedad!

Mon. Cierra los labios,
no con indignas lagrimas me alteres
de eſte gozo el placer: ſi tu me amabas,
tu debias llorar mas tiernamente
en el infauſto dia en que me viſte
con una vanda real ceñir mis ſienes;
quando viſte arraſtrarme mi deſgracia
del ſeno de la Grecia ſiempre alegre
à eſte ſalvage y ſanguinario clima;
vuelvete tu, Phedima, à habitar vuelve
en eſos dulces proſperos paíſes,
y ſi mi nombre entre ellos ſe mantiene;
diles lo que ha paſado, lo que has viſto,
cuentales los horrores de mi ſuerte,
y de mi triſte y anguſtiada vida
hazles la hiſtoria tragica y doliente.
Y tu à quien el deſtino rigoroſo
engañando à mi afecto tantas veces,
ſepara de eſte pecho adonde fuiſte
tan adorado como ſerlo debes.
Heroe iluſtre, con quien ni quando acabo
de mi vida el afan, ſe me concede
ſer unida ſiquiera en un ſepulcro.
Acepta el ſacrificio que mereces,
y pueda eſte mortifero veneno
que en honor tuyo mi deſpecho bebe
expiando ſu ſangre idolatráda
à tu glorioſa ſombra dár paz ſiempre.

SCENA III.

Monima, Arbates, Phedima y Arcas.

Arb. Detened, detened.

Arc. Què haces, Arbates ?

Arb. Detened os repito. No ſe llene
eſe barbaro horrible ſacrificio.

Mon. Dexad amigo, que concluya en breve...

Arb. No os opongais, Señora, que mi zelo
Le quita y arroja el veneno.
del Rey à los preceptos obedece.
Vivid, vivid, Señora: y tu Arcas corre,
y del feliz ſuceſo prontamente
vuela à dar la noticia à Mithridates:
dile que llegué à tiempo y que ſe cumple.

***

SCE-

SCENA IV.

Monima, Arbate y Phedima.

Mon. A quien ? al Rey ?
Arb. El Rey en este instante
está con poca vida, ya fallece:
yo le dejo cubierto de su sangre
llevado entre los brazos de sus gentes,
y Jifarés que se deshace en llanto
le sigue sin que nada le consuele.
Mon. Jifarés! Santo Dios! Cielos que escucho!
à creerlo mis oídos no se atreven.
¿Qué Arbate, Jifarés, Jifarés vive?
vive lleno de gloria refulgente;
pero oprimido de dolor y angustia.
La funesta noticia de su muerte
que se esparció veloz por todo el campo;
no solo à vos, Señora, os entristece:
los Romanos que astutos la apoyaban
con altos gritos de algazara alegre
tambien nuestros afectos consternaron:
el mismo Mithridates se convence,
triste llanto derrama, y desde entonces
dando por derrotadas à sus huestes;
viendose perseguido por un hijo
que en todas partes estrecharlo quiere,
viendo casi forzado su Palacio
sin que socorro ni venganza espere;
y viendo en fin las Aguilas Romanas
que con sus tropas à mezclarse vienen:
no pensó su grande alma en otra cosa
que en un medio buscar que le liberte
del horror de caer entre sus manos.
Al principio tentó de los mas fieles
venenos que tenia el cruel recurso:
mas los halló sin fuerza è impaciente:
vanos socorros (dixo) de que tanto
asegurarme quise: ya no tienen
el solo fruto que sacar podia
de su auxilio cruel. Ahora se prueben
medios mas eficaces y seguros;
y buscar procurémos una muerte
que sea mas funesta a los Romanos.
Asi habló generoso, y acomete
à toda la Romana muchedumbre.
Al aspecto de aquella augusta frente
que habia en la campaña derramado
el terror en sus filas tantas veces
retroceden absortos los Romanos,
y entre ellos y nosotros se vé en breve
libre un espacio. Ya tambien algunos
à las naves corrian diligentes:
pero... ¿podré decirlo, santos Dioses?
Animada su furia nuevamente
por el mismo Pharnace, y la venganza
haciendo que por fuerza se dispierte
en sus tremulos pechos el arrojo
hacen cara otra vez, y se resuelven
à combatir al Rey à quien ya solo
seguia mi valor y poca gente:
¿quién podrá describir con altos hechos,
con que acciones sublimes y excelentes,
con que robustos golpes precedidos
de una feroz mirada, esta alma fuerte
terminó sus hazañas inmortales?
en fin, cansado ya; ya casi inerme
cubierto de sudor, de sangre y polvo,
alli de los cadaveres yacientes,
se formó al rededor una trinchera:
mas otro batallon de nuevo viene
à esforzar el ataque: los Romanos
que lo observan sus impetus detienen,
y descansan un rato con la idea
de unirse y destrozarle. El Rey lo advierte
y me dice: ya basta, fiel Arbate,
ya basta amigo, tu valor suspende,
que la colera ciega me despeña,
y me obliga à abanzar mui imprudente,
que por lo menos Mithridates vivo
en las manos de Roma nunca quede.
La espada empuña, y con resuelto brazo
atraviesa su pecho; mas la muerte
todavia le huye. Entre mis brazos
el Heroe cae casi falleciente:

aun

aun que debil, furioſo ſe irritaba
contra muerte tan lenta: de aquel breve
triſte reſto de vida ſe dolia,
y levantando, bien que torpemente
ſu ya tremula mano le ſeñala
à mi brazo el parage donde tiene
ſu aſiento el corazon, como que implora
el ſocorro de un golpe mas urgente.
Yo en tanto poſeido, penetrado
del amargo dolor que me poſee,
me iba a quitar la vida, quando eſcucho
un confuſo tropel de armas y gentes:
vuelvo la viſta y miro, ¡ſantos Dioſes!
¿quién pudo adivinar eſte incidente?
y miro que Pharnace, y los Romanos
vencidos y deshechos retroceden.
Que abandonan la plaza, y preſuroſos
corren à ſus navios à eſconderſe.
Buſco à ſu vencedor, buſco la mano
que los pudo vencer, y en tiempo breve
ven mis ojos, y apenas ſe perſuaden,
à Jiſarés.

Mon. Oh Dioſes! ſocorredme.

Arb. A Jiſarés que fiel à ſu gran padre,
à peſar de un gran numero de aleves
que lo habian cercado receloſos
de ſu zelo y valor, ſupo valiente
libertarſe por fin de entre ſus brazos,
y forzando deſpues los mas rebeldes,
ganando à los demás lleno de gozo,
otra vez de mil muertes logró hacerſe
un camino glorioſo hácia ſu padre.
¿Juzgád ſi ſu dolor ſeria urgente,
quando le vió en aquel miſero eſtado?
ciego de ſu furor iba à romperſe
el pecho con violencia: pero todos
corren hácia él, y logran detenerle
el impetu feroz. El Rey entonces
ſus ojos anguſtiados à mi vuelve,
y con voz ya tan debil, que en ſus labios
apenas ſe alentaba balbuciente
me dice: corre, amigo, y ſi aun es tiempo
anda, y ſalva à la Reyna de la muerte:
me llena de terror eſte diſcurſo,
ſoſpechando algun orden inclemente.
A peſar del canſancio y la fatiga,
el zelo y el temor me hacen que vuele,
¡Mil veces venturoſo! que he podido
ſuſpender eſte golpe felizmente.

Mon. Ay Arbate! mi pecho atribulado
con horror tan funeſto, compadece
del Rey tan grande el miſero deſtino...
ojalá que en ſu triſte y dura ſuerte
yo no hubiera tenido parte alguna;
que en ſus muchas deſgracias yo pudieſe
verter por él mi compaſivo llanto
ſin que fueſe culpada. Pero él viene
Santo Cielo! ¿què barbaro tumulto
à mi anguſtiado eſpiritu conmueve
viendo la ſangre que derrama el padre,
y el tierno llanto que ſu hijo vierte!

SCENA ULTIMA.

Mithridates Monima, Jiſarés, Arbate, Arcas y Guardias que ſoſtienen à Mithridates.

Mon. ¡Ay Señor, como os veo! ¡qué deſtino
tan terrible es el vueſtro!

Mit. Haced que ceſen
las inutiles lagrimas: mis hados
ſentimientos mas utiles requieren
que una piedad eſteril, y mi gloria
digna de admiracion eternamente,
no debe con el llanto deshonrarſe.
Dexad pues de llorar, pero atendedme:
yo he vengado haſta aqui quanto he podido

al

al universo todo, y solamente
la muerte me atajara este proyecto.
Enemigo mortal de Roma siempre,
y de su tirania, ni un instante
he sufrido su vil yugo indecente,
y puedo lisongearme que entre todos
los hombres que gloriosos hacer puede
un odio igual al mio, no hai alguno
que mas sangre ni lagrimas le cueste,
ni que las haya mas, que yo llenado
la historia de sus fastos insolentes
con desgraciados y funestos dias.
El Cielo no ha querido concederme
el placer de haber visto que en cenizas
quedaba toda Roma, y que yo diese
el ultimo suspiro entre sus ruínas.
Pero al fin mas piadoso me concede
el morir rodeado de enemigos,
à quienes dió mi brazo fiera muerte,
ò permitió que el mismo se bañase
en la perfida sangre que aborrece.
Y que por fin las ultimas miradas
de mis debiles ojos, solo viesen
huír à los Romanos. Esta dicha
à mi hijo Jifarés toda se debe.
El es quien me ha librado de la angustia
del tirano dolor de que muriese
en su infame presencia. ¿Porque el Cielo
pagarle tanta accion no me concede
con todos los Diademas soberanos,
que otras veces brillaron en mi frente?
Pero, amable Monima, ya no tengo
Imperios ni Coronas que lo premien.
Vos sois el solo bien que me ha quedado:
dexád pues, que yo pueda agradecerle
tanto servicio con haceros suya,
que yo os ceda, y con vos le recompense:
y aquel amor que para mi queria,
pido que en Jifarés todo se emplee.

Mon. Vivid, Señor, vivid, para ver que ambos
sacrificar sabemos reverentes
à vuestra dicha todo nuestro afecto.
Vivid para que pueda vuestra suerte
mejorarse, y triunfar de un derrotado,
ya timido enemigo: finalmente
para vengar...

Mit. No mas: que ya he vivido:
hijo mio en ti piensa, y defenderte
no presumas de numero tan grande.
Los Romanos corridos, mas ardientes
por su mismo rubor, por todas partes
guerra cruel procuraran hacerte:
el tiempo que te dexa ahora su fuga
no le pierdas en dar inutilmente
à mis cenizas funebres honores.
Te los dispenso todos; me parece
que bastan para pompa en mi sepulcro
tantos Romanos muertos, y yacentes:
reserva à mejor tiempo tu venganza;
y ahora solo piensa en esconderte.

Jif. ¿Señor, que yo me esconda? que Pharnace
se quede sin castigo? y que no pruebe
mi furia Roma...

Mit. No; yo te lo ordeno.
Pharnace los suplicios que merece
tendrá tarde, ò temprano: en Roma fia:
ella sabrá cuidar de que no quede
sin castigo el traidor. Pero ya siento
que mi fuerza flaquea y desfallece.
Ya siento que me muero. Hijo querido,
acercate à mis brazos que te estrechen:
y recibe por fin en este abrazo

de

de Mithridates el alma.
Mon. Oh Dios! ya muere.
Jif. Ay Señora! juntando nueſtro llanto,
ſolo en vengarle nueſtro afecto pienſe.

***

F I N.

Barcel. En la Imprenta de Carlos Gibért y Tutó, Impresor y Mercader de Libros.